An ancient Egyptian wall painting depicting a king and queen with their children. The king, on the left, is shown in profile, wearing a red headdress and a white kilt. The queen, on the right, wears a tall, white, conical headdress with a red sun disk and a long, pleated dress. They are surrounded by their children, who are holding lotus flowers. The background is filled with hieroglyphs and symbols, including a lotus flower and a scepter. The painting is set within a rectangular frame.

*Basileus-faraón*

Una aproximación a los conflictos de la dinastía  
lágida durante los reinados de Ptolomeo IV y  
Ptolomeo V

Daniel Alonso Montero  
Tutor: Antoni Naco del Hoyo  
Trabajo Final de Grado  
Curso 2019-2020  
Grado en Historia





*“Aquellas antiguas ofrendas permanecen intactas después de tres mil años,  
porqué Egipto no podía hacer nada que no fuera eterno”.*  
Théophile Gautier (1858).

## **Agradecimientos**

A mis padres y a mi familia, por ser mi columna *Djed*.

A mis amigos Arnau, Albin y Judit, por ser parte de mi cetro *Was*.

A Ainara, por ser el *Ankh* de mi vida.

A Antoni Ñaco del Hoyo, el tutor de dicho trabajo. Por toda la ayuda prestada y por toda la atención y cariño que ha mostrado a este proyecto.

A todos ellos está dedicado este trabajo.

**Palabras clave:** Egipto, Ptolomeo, *basileus*, faraón, *ταραχή*, revuelta.

### **Abstracto**

El éxito del proyecto imperial de los tres primeros reyes ptolemaicos en el Mediterráneo oriental se debió a la combinación de dos factores clave: en primer lugar, debido a la estabilidad social dentro de Egipto, y en segundo lugar debido a la política exterior agresiva mantenida por Ptolomeo I, Ptolomeo II y Ptolomeo III. Dicho escenario de estabilidad social e iniciativa expansionista se vio frenada bajo el mandato de Ptolomeo IV, cuando se inicia lo que se ha denominado “el período de transición” del reino helenístico de Egipto (Hölbl, 2001: 304-311; Manning, 2009: 76; Vandrope, 2010: 164). Durante este periodo, la trigésimo segunda dinastía egipcia tuvo que afrontar un verdadero colapso, provocado por la confluencia de la Gran Revuelta de los egipcios (2016-186 a.C.), y por las agresiones de Antíoco III y de Filipo V de Macedonia. Con la muerte del quinto *basileus-faraón*, Egipto había perdido prácticamente su imperio, viéndose eclipsado por el poder que empezó a ostentar la República romana en el marco de las luchas contra el reino seléucida y la monarquía macedonia, conflictos que concluyeron con la preponderancia de Roma en el Mediterráneo oriental, y que condicionaron severamente la política de la dinastía lágida hasta su final.

## Índice

Introducción	2
Objetivos y metodología	2
1. <i>Basileus-faraón</i> : la realeza sagrada ptolemaica	6
1.1. El reino helenístico de Egipto	6
1.2. Los ptolomeos como <i>basilei</i>	8
1.3. Los ptolomeos como faraones:	12
2. “El período de transición” de la dinastía ptolemaica	16
2.1. Ptolomeo IV <i>Filopator</i> y la cuarta guerra siria	16
2.2. La “Gran Revuelta de los egipcios” (206-186 a.C.)	23
2.3. Haronnophris y Ankhwnnefer	26
2.4. El reino rebelde de Tebas:	29
2.5. La <i>ταραχή</i> en el Medio Egipto:	32
2.6. La <i>ταραχή</i> en el Bajo Egipto:	32
2.7. Ptolomeo V <i>Epifanes</i> y la pérdida del imperio lágida	33
3. Conclusiones	38
4. Bibliografía	44

## **Introducción**

### **Objetivos y metodología**

El presente trabajo tiene como objetivo realizar un estado de la cuestión sobre los reinados de Ptolomeo IV y Ptolomeo V. El objetivo de dicho trabajo es buscar el origen de las causas que llevaron a la trigésimo segunda dinastía de Egipto a la decadencia. La hipótesis inicial parte de la idea de que La “Gran Revuelta de los egipcios” (206-186 a.C.), quebró la estabilidad social interna en Egipto, debilitando a su vez, el imperio talasocrático de los lágidas. En un principio dicho trabajo había de centrarse en su totalidad en la “Gran revuelta de los egipcios” (206-186 a.C.), sin embargo, se decidió ampliar la temática debido a que dicho conflicto apenas ha recibido atención por parte de la historiografía. Así, el trabajo se divide en dos partes diferenciadas: la primera bajo el título “*Basileus-Faraón: la realeza sagrada ptolemaica*”, constituye una introducción a la dinastía lágida y a la institución real del Egipto macedonio, y la segunda parte, titulada “El periodo de transición de la dinastía ptolemaica”, analiza los conflictos que atravesó Egipto bajo los gobiernos de Ptolomeo IV y Ptolomeo V, poniendo de relieve la Gran Revuelta de los egipcios del 206 a.C.

La bibliografía consultada es casi en su totalidad anglosajona, debido a que en los estudios egiptológicos han estado dominados por los países anglosajones junto con Francia. Hay que anotar que los estudios egiptológicos en España hasta no hace muchos años eran prácticamente anecdóticos, y a pesar que dicho país está avanzando en los estudios de la cultura del Egipto faraónico, en los planes de estudios universitarios al Antiguo Egipto aún se le suele dar escasa relevancia. Este trabajo es fruto también de esta marginalidad, pues si no se ha podido realizar un Trabajo Final de Grado sobre el Antiguo Egipto es precisamente por la falta de profesores especialistas en el Mundo Antiguo del Próximo Oriente y Egipto.

Las fuentes consultadas han sido mayoritariamente secundarias; trabajos historiográficos relativos al mundo helenístico y bibliografía egiptológica sobre la dinastía ptolemaica. A su vez, también se han podido consultar fuentes primarias: estelas, papiros, numismática y finalmente obras de autores clásicos. En lo referente a los pasajes de fuentes de tipo primario que se citan en el presente trabajo, se ha querido mantener la traducción realizada por los autores que las han tratado.







Lámina 2: mapa del imperio ptolemaico. Extraído de <http://www.sofiaoriginals.com/egipto-antiguo-5-y-sus-funcionarios/>

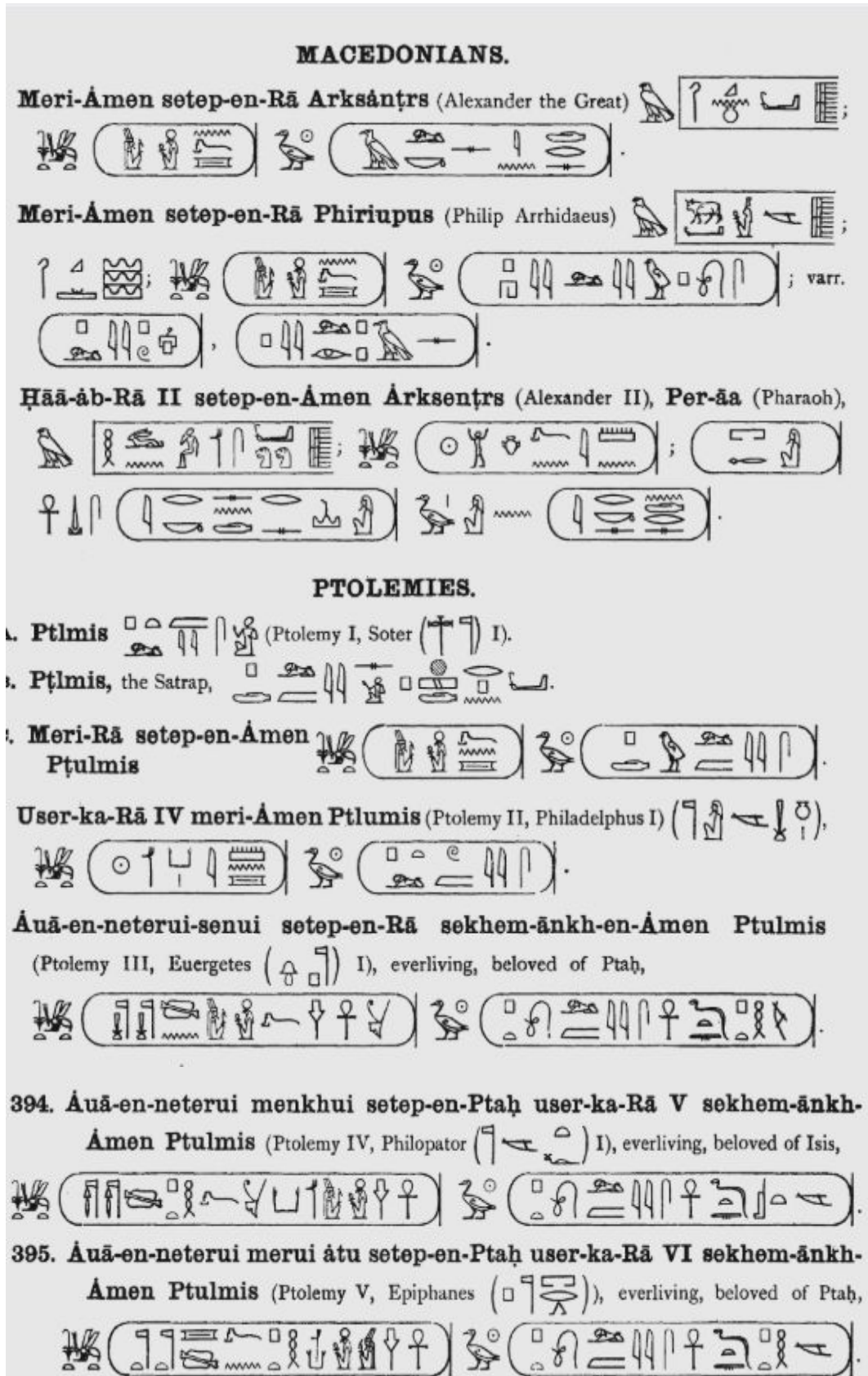


Lámina 3: cartuchos reales de Alejandro Magno hasta Ptolomeo V. Ver (Wallis 1920: 942-943).

## **1. *Basileus-faraón*: la realeza sagrada ptolemaica**

### **1.1. El reino helenístico de Egipto**

En el año 332 a.C., Alejandro Magno, en el contexto de la conquista del imperio persa, irrumpió en Egipto, apoderándose de una de las satrapías más importantes del imperio de Darío III. Éste fue recibido como un liberador y en los pocos meses que estuvo en Egipto, fue capaz de granjearse el apoyo del sacerdocio, integrando el país del Nilo en su incipiente imperio. Si algo marcó el rumbo de los acontecimientos durante su estancia en Egipto sin duda fue su visita al santuario de Siwa, uno de los oráculos más famosos del Mediterráneo Oriental, donde fue proclamado hijo de Zeus-Amón. Este hecho le permitió vincular la cultura faraónica con la griega; siendo el reconocimiento divino el paso previo para ser reconocido posteriormente como “rey de Las dos Tierras” (Wilkinson 2000: 234). Siguiendo las tradiciones locales, Alejandro viajó a Menfis donde rindió culto al toro sagrado Apis y al dios Ptah, divinidad tutelar de “*Mn-nfr*”<sup>1</sup>, donde supuestamente fue coronado faraón. En el Delta mandó fundar una ciudad de nueva planta que llevaría su propio nombre, Alejandría, y que, emplazada a orillas del Mediterráneo, se convirtió en uno de los focos más importantes del mundo helenístico.

Antes de partir de Egipto, Alejandro dejó al mando de la administración de la nueva satrapía al griego Cleomenes de Naucratis, aunque nueve años más tarde, con la pronta muerte del rey-conquistador, el gobierno de Egipto pasó a manos de Ptolomeo, uno de sus generales más allegados. El imperio fue heredado por el hermanastro de Alejandro, Filipo III Arrideo, y por su hijo póstumo, Alejandro IV *Aigos* (ambos incapaces de gobernar). Estos quedaron bajo la tutela del regente Perdicas, aunque la realidad fue que el control de los territorios del imperio macedonio estuvo en manos de los Diádocos (“sucesores”); los antiguos generales de Alejandro. Estos, que detentaban el poder militar, se repartieron todas las satrapías del imperio aqueménida y los territorios greco-macedonios y, aunque nominalmente a la cabeza de todos ellos estaba Perdicas, rápidamente entre los “sucesores” se formó una facción que miró más por sus propios intereses y ambiciones personales que por la unidad imperial. Así tan pronto como Alejandro murió, el imperio macedonio empezó a

---

<sup>1</sup> Uno de los nombres egipcios de Menfis, este en concreto al helenizarse podría haber derivado en el término Menfis. Otro nombre egipcio para esta ciudad es Ineb-hedy (*inbw- ḥd*), que se traduce como “murallas blancas”, y se cree que fue el nombre más antiguo para la ciudad, aunque su significado aún no ha podido contrastarse con evidencias arqueológicas (Love 2002: 72).

resquebrajarse y durante veinte años los generales macedonios combatieron entre sí por el control de sus territorios. De estas luchas nacerían tres grandes potencias, llamadas por la historiografía los “leviatanes helenísticos”: el reino de Macedonia, el reino seléucida de Mesopotamia y Siria, y finalmente el reino ptolemaico de Egipto<sup>2</sup>. El denominador común que compartirán todos los Estados (a excepción de algunas ligas griegas), surgidos de las cenizas del imperio alejandrino, será su estructura monárquica, elemento que contrastó con las democracias que habían plagado el mapa griego un siglo antes. Este fenómeno monárquico tiene como fecha de inicio el 306 a.C., cuándo Antígono Monoftalmos, habiendo derrotado la coalición de sus antiguos compañeros de armas en la Tercera Guerra de los Diádocos (314-311 a.C.), y habiendo arrebatado la isla de Chipre a Ptolomeo, se autoproclamó rey. Después de él, los demás Diádocos seguirán la estela antigónida proclamándose con el título *basileus*, siendo Ptolomeo coronado como tal en el año 305 a.C.<sup>3</sup>.

El establecimiento de la dinastía ptolemaica supuso el regreso de la institución regia a territorio egipcio, aunque el origen extranjero de estos nuevos invasores trajo consigo cambios importantes en la antigua concepción egipcia de la realeza. Sin embargo, antes de ahondar en la *physis* de la monarquía helenística y los cambios que introdujo a la realeza faraónica, es necesario establecer las diferencias entre el término “monarquía” y el término “realeza”. Siguiendo a Manning el primer término hace referencia al poder de un único individuo (haciendo alusión a un poder absoluto), mientras que el segundo tiene en cuenta las limitaciones de los reyes a la hora de desplegar su poder (Manning 2016: 2). A pesar de estas diferencias en esta obra se usará tanto el término realeza como el término monarquía para designar la institución regia ptolemaica, teniendo en cuenta que la dinastía lágida se encontró con una estructura social muy compleja en Egipto y tuvo que negociar su legitimidad con los soldados establecidos en Egipto, con el sacerdocio nativo y con las élites de las *poleis* egipcias (Manning, 2009: 81). Así, debido a las diferentes expectativas que estos grupos tenían sobre la figura del monarca y sobre cómo había de comportarse este, los reyes tuvieron que adoptar dos roles a su vez diferentes y complementarios: en primer lugar, actuar como un

---

<sup>2</sup> La terminología de “leviatanes helenísticos” ha sido acuñada por (Manning, 2016: 3).

<sup>3</sup> Hay que anotar que Ptolomeo en el año 322 a.C. (en el marco de la segunda guerra de los Diádocos), asesinó a Cleomenes acusándolo de espiar a favor de Perdicas.



*basileus* helenístico, que respondía al concepto greco-macedónico de realeza, y en segundo lugar desempeñar el cargo de faraón, la forma tradicional del poder político en Egipto.

## 1.2. Los ptolomeos como *basilei*

Siendo sus orígenes macedonios, los reyes lágidas siempre promocionaron y manifestaron su helenismo, sobre todo cuando el poder de su imperio jugó un papel preponderante en la geopolítica del Mediterráneo Oriental (Pfeiffer 2016: 4; Hölbl 2000: 91). Uno de los mecanismos más importantes que los reyes helenísticos usaron para mostrar su imagen como “griegos”, fue a través del arte. Así representados bajo los cánones helenísticos (fig. 1 y 2), los reyes lágidas no sólo reiteraron sus raíces continentales, sino que, dirigiéndose a un público minoritario, pero étnicamente dominante (al menos en Egipto), enfatizaron su legitimidad para interferir también en la política del Egeo.



Fig. 1: octodracma de oro de Ptolomeo IV. En un lado hay grabada la efigie del rey, portando la diadema real y una clámide. En el reverso encontramos el emblema de la dinastía lágida (un águila que simboliza a Zeus), junto con la leyenda ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ ΦΙΛΟΠΑΤΡΟΣ. Las monedas, introducidas en Egipto por la dinastía lágida, se convirtieron en un gran recurso de propaganda política, pues la circulación de estas simbolizaba la soberanía y la fuerza del monarca (Manning 2016: 8). Imagen recuperada de: [https://virtualreligion.net/iho/ptolemy\\_4.html](https://virtualreligion.net/iho/ptolemy_4.html)

A diferencia del sistema político de las *poleis* griegas, la realeza ptolemaica, al igual que las demás monarquías helenísticas, englobó en su seno el conjunto del “Estado”, de ahí que se mantenga que los reinos helenísticos fueron regímenes autocráticos y personalistas (Manning, 2016: 3; Hölbl, 2000: 20-23). A pesar de esto, los ptolomeos tuvieron que contar con el apoyo de la corte áulica, formada por la familia real y los *philoí* (amigos y consejeros personales del rey) que, siguiendo las tesis de Pfeiffer, habrían sido los verdaderos vertebradores del reino (Pfeiffer 2016: 3). Estos cargos, junto con otros, como los



gobernadores de los *nómoi*<sup>4</sup> (llamados *strategoi*, *στρατηγοί*), estuvieron reservados a griegos y macedonios, excluyendo a la población nativa de cualquier puesto de mando. Así la población greco-macedonia, a pesar de ser muy minoritaria en comparación con la población egipcia, constituyó una verdadera élite colonial consciente de su poder y su “superioridad cultural” (Ma 2005: 187; Gurgel 2011: 120).

Otro pilar de legitimación que los reyes macedonios explotaron constantemente fue su carisma militar, pues bajo el concepto macedonio de “territorio ganado por la lanza” (*γη δορύκτητος*), se escondía uno de los atributos que más legitimidad otorgaba a la hora de gobernar (Pfeiffer, 2016: 5; Manning, 2016 :9). Siguiendo esta tradición militar macedonia, los Diádocos intentaron mantener un vínculo permanente con la imagen guerrera de Alejandro, sobre todo con motivo a las supuestas últimas palabras del rey-conquistador, en las que dejaba su imperio al “*toi kratistōi*” (al más fuerte). Sin embargo, en el mundo griego no se conocía precedente alguno de realeza, siendo los reyes homéricos la tradición más cercana a esta forma de gobierno. Por este motivo el carisma de los *basilei* fue tan importante para la aceptación de los griegos de este nuevo régimen.

A pesar de esto, a lo largo del siglo IV a.C., la filosofía griega ideó unas pautas muy marcadas de comportamiento para el buen gobierno (ver Arist. *Pol.* III. 11; VIII. 8), convirtiendo a los monarcas helenísticos en salvadores, mecenas de las artes y “amigos del conocimiento” a su vez. Todas estas cualidades se reflejaron en los epítetos de los reyes ptolemaicos (*soter*, “salvador”, *philadelphus*, “el que ama a su hermana”, *evergetes* “benefactor”, *philopator*, “el que ama a su padre”, *epiphanes*, “el que se manifiesta”, etc.), pero también se manifestaron en la política constructiva de los monarcas lágidas<sup>5</sup>. Como el comportamiento de los monarcas lágidas influía directamente en la visión que sus súbditos y las poblaciones extranjeras tenían de los reyes, en ocasiones, su puesta en escena derivó en expresiones de extravagancia, lujos y excesos; sobre todo a partir de Ptolomeo III, monarca que obtuvo el epíteto *tryphé*, literalmente “el que hace alarde de esplendor y magnificencia” (Hölbl 2000: 92). Este tipo de conductas, si bien chocaba con la tradición faraónica de

---

<sup>4</sup> Los *nómoi* eran cada una de las provincias administrativas en que estaba dividido el antiguo Egipto. Ésta, como muchas otras palabras, es de origen griego, siendo el término egipcio “*sepat*” o “*hesp*”, y que originalmente designaba la superficie cultivable de cada territorio (López 1998, <http://egiptologia.org/?p=1557>)

<sup>5</sup> Un buen ejemplo es la construcción de la biblioteca de Alejandría, iniciada por Ptolomeo I y concluida bajo el gobierno de Ptolomeo II. Por lo que respecta al evergetismo de los monarcas lágidas, ver la devolución de las estatuas de divinidades egipcias a los templos de Egipto durante las guerras sirias (ver *infra*).

comportamiento y con la *virtus* romana, ello acercaba a los ptolomeos al dios Dioniso, una de las divinidades fundacionales de la dinastía lágida (Pfeiffer, 2016: 8-9).

La historiografía también ha remarcado que en el mundo helenístico el carisma militar de un *basileus* también fue un elemento clave para convertir a los reyes en seres divinos (Chanotis 2005: 431-432; Hölbl 2000: 92). Así, después de la muerte de Alejandro los reinos helenísticos entraron en una dinámica donde los mortales ejemplares (los *basilei*), podían ser elevados a divinidades (Potter 2005: 416). Esto respondería, según apuntan los investigadores, a una necesidad de materializar el poder de los dioses en una persona carismática (*epiphaneia*), dentro de un contexto de guerras continuas (Chanotis 2005: 431-432). El primer rey helenístico del cual tenemos constancia de su divinización fue Demetrio Poliorcetes<sup>6</sup>, divinización que conocemos gracias al fragmento de un himno realizado por los atenienses donde se ensalza su divinidad:

“For the other gods are either far away, or they do not have ears, or they do not exist, or do not take any notice of us, but you we can see present here; you are not made of wood or stone, you are real”<sup>7</sup>

Según expone Chanotis lo que confirió cualidades divinas a Demetrio Poliorcetes, fue su capacidad de ofrecer protección a los atenienses y defender los intereses de la *polis*; por lo tanto en la capacidad de ser un rey *Soter* (Chanotis 2005: 431). Así pues, como si de un nudo gordiano se tratara, se entrelazaban el carisma personal, las virtudes en el campo de batalla (*nikator*), y las cualidades como diplomáticos de los *basilei*, con el aura de divinidad. Como se ha visto, las *poleis* (sobre todo las *poleis* de las diferentes ligas griegas), jugaron un papel fundamental pues fueron ellas las que promovieron la sacralización de los reyes helenísticos (quienes elevaban al rango de divinidad a un monarca helenístico concreto para aliarse con un reino u otro). Además, instauraron un nuevo sacerdocio por cada monarca divinizado, cuyo cuerpo sacerdotal se añadió a las *phyle* o tribus de dicha *polis* (Fisher 2016: 112-117, Vanderpe 2010: 164).

---

<sup>6</sup> Hijo de Antígono Monoftalmos, fue rey de Macedonia entre el 294 y el 288 a.C.

<sup>7</sup> Cf Chanotis 2005: 431.

La dinastía ptolemaica también buscó sus mecanismos para divinizarse. En primer lugar, Ptolomeo, hijo de *Lagos*, aún como sátrapa, secuestró el cadáver de Alejandro cuando su procesión fúnebre estaba de camino a Macedonia (Diod. XVIII. 28). Conforme el relato de Pausanias, Alejandro fue enterrado en primer lugar en Menfis, pues Ptolomeo aludió a la voluntad del difunto rey-conquistador de ser enterrado en Egipto (Pausanias. I.6.3). La posesión de los restos de Alejandro, que pudo responder a la tradición faraónica por la cual el heredero de un “*nswt*” (rey), tenía que enterrar a su predecesor (Urruela; Cortés 2018: 69), se convirtió en un símbolo del poder de Ptolomeo frente a los demás Diádocos. Sea como fuere, bajo el reinado de Ptolomeo II, los restos del rey de reyes macedonio se trasladaron a Alejandría, donde se había construido un monumental mausoleo para albergarlos, el *Sema* (ver Austin, 2006: 513). Allí se instauró un culto imperial, creando para ello el sacerdocio de Alejandro, cargo electo anualmente (a imagen de las *phyle* griegas), que fue usado como referente para fechar la documentación burocrática del Estado lágida. Posteriormente, durante el gobierno de Ptolomeo II, el culto de Alejandro se amplió a una adoración en vida de la pareja real (*theoi adelphoi*), y a un culto a los ancestros dinásticos con la elevación de Ptolomeo I y Berenice I a *theoi soteres*, “dioses liberadores” (Frutos 2011: 46, Hölbl 2000: 94).

Un aspecto importante de la ascensión divina de los monarcas lágidas fue que éstos, como nuevos dioses, también recibieron culto en la casa de los dioses, por ello no solo se crearon títulos sacerdotales por cada pareja real, y títulos sacerdotales para el culto de las reinas, sino que las efigies de los monarcas recibieron culto en el interior de los templos egipcios, conviviendo así con las divinidades locales del País del Nilo (Vandorpe 2010 :164).

Para mostrar su aura divina al mundo heleno, los lágidas crearon toda una serie de festividades en honor a su dinastía. El festival de la Ptolemaica, con sede en Alejandría, constituye el mejor ejemplo de ello. Este festival, imitando los juegos olímpicos griegos, se celebraba cada cuatro años, y fueron creados con el objetivo de atraer la participación de todo el mundo greco-macedonio, haciendo de Alejandría y de la dinastía real el epicentro del mundo helenístico.

### **1.3. Los ptolomeos como faraones:**

La veneración de los monarcas ptolemaicos como dioses en los templos y en las festividades áulicas supuso una novedad para el mundo egipcio, sin embargo, el carácter divino de la realeza no constituyó algo novedoso para el país del Nilo. Desde los inicios de la historia egipcia los faraones desempeñaron un papel cosmogónico fundamental pues, como sucesores de Horus, velaban por el mantenimiento de la *Maat*, un concepto ancestral egipcio que impregnaba el conjunto de la sociedad y que apelaba al orden, al equilibrio y a la justicia. Además, como hijos de Amón-Re los faraones se convertían en una especie de rey-dios a la cabeza de un Estado que, según estas concepciones, constituía un “*reflejo del orden cósmico establecido en tiempos de la Creación*” (Urruela; Cortés 2018: 67). Finalmente, cuando los faraones morían, estos eran adorados como seres divinos, pues se asociaban a Osiris, el rey de los difuntos, convirtiéndose póstumamente también en faraones-dioses. De este modo, a diferencia del mundo helenístico, en Egipto la legitimidad del monarca no pasaba por demostrar su carisma, ni necesitaba de victorias militares<sup>8</sup>, pues con la victoria mítica de Horus sobre Seth, ya se había devuelto la estabilidad y el orden al Universo. Sin embargo, a causa del desprestigio que la institución monárquica sufrió a raíz de los acontecimientos políticos del Tercer Período Intermedio y de la Baja Época, tanto Alejandro como la dinastía ptolemaica tuvieron que ser reconocidos por los dioses autóctonos del país o, en otras palabras, por las élites sacerdotales de los templos.

Los recintos sagrados en Egipto no sólo constituyeron la morada de las múltiples divinidades egipcias, sino que estos poseían una gran cantidad de tierras que los convirtieron en los grandes centros económicos del país. Además, en los templos se encontraban las escuelas de escribas, siendo pues el sacerdocio la institución que tenía el monopolio de la escritura, llave fundamental para integrar la burocracia helenística con la burocracia nativa. Tanto Alejandro como el primer Ptolomeo comprendieron que no conseguirían un gobierno estable en Egipto sin la ayuda del sacerdocio, por esto la realeza macedonia se esforzó tanto en mantener unas relaciones fluidas con estos actores sociales.

---

<sup>8</sup> Si bien es cierto que los orígenes predinásticos de los faraones se fundamentan en su carácter guerrero (ver Narmer), y que durante el Reino Nuevo los monarcas también acentuaron esta faceta guerrera, esto no era una condición de legitimación (ver Hatshepsut).

Ya des del gobierno de Alejandro IV tenemos fuentes epigráficas (la Estela del Sátrapa, lámina 5), en las que se puede ver cómo los sacerdotes de múltiples templos alabaron a los monarcas por haberles devuelto las tierras que durante la ocupación persa fueron secularizadas, y por haber devuelto las estatuas de los dioses egipcios robadas por los aqueménidas (ver Hölbl 2000: 83, Veisse 2019: 41). Así, si la ocupación persa se caracterizó por la clausura, el expolio y la paralización de la construcción de templos egipcios, el período ptolemaico inauguró una “realpolitik” según la cual el patronazgo para con los templos y la ideología regia egipcia se consideraron elementos fundamentales de la realeza ptolemaica (Gurgel 2011:104, Clarysse 2010: 282-283).

Como *basilei* benefactores y como faraones egipcios, los lágidas actuaron siguiendo las tradiciones egipcias. Para ser monarcas legítimos estos tuvieron que ser coronados en Menfis por el sacerdocio de Ptah, tuvieron que mantener una actuación donde el patronazgo, las visitas a los templos, los sacrificios a las divinidades autóctonas y la participación en rituales litúrgicos le correspondían a los lágidas en función de su cargo como “señores de las dos Tierras”. Además, en Egipto la dinastía ptolemaica se hizo representar siguiendo la tradición canónica nativa. Así, en las manifestaciones artísticas los lágidas también aparecen portando el *nemes*<sup>9</sup>, coronados con el *uraeus*<sup>10</sup>, y mostrando un rostro idealizado (Figs. 2-3), rasgos del arte egipcio que los convertían en una monarquía benefactora y “translocal” (Fisher, 2016:103-128).



Figs. 2-3: a la izquierda escultura de Ptolomeo I *Soter*, British Museum (Londres), a la derecha escultura de Ptolomeo IV-V *Philopator/Evergetes*, Yale Peabody Museum of Natural History (Yale). En ambas imágenes podemos observar cómo los monarcas ptolemaicos aparecen representados plenamente como faraones egipcios.

<sup>9</sup> El nemes es el tocado típico de los faraones egipcios.

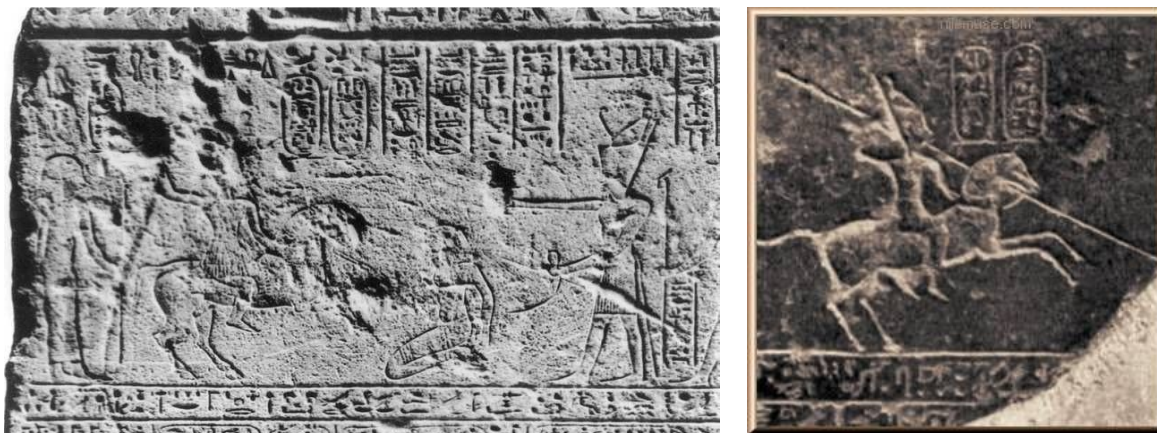
<sup>10</sup> Representación de la diosa cobra Uadyet que aparece en muchas ocasiones junto a la diosa buitres Nejbet en el tocado nemes.



A cambio del mantenimiento de las tradiciones egipcias y de garantizar los privilegios de los templos, las élites sacerdotales se encargaron de desplegar los programas decorativos en los templos, donde los lágidas aparecían adorando a las divinidades autóctonas del país, portando las coronas del Alto y Bajo Egipto y lo más importante; nombrado con las titulaturas faraónicas tradicionales. Además, el sacerdocio durante este período se reunió en sínodos periódicamente (tanto en Menfis como en Alejandría), donde se emitieron decretos redactados en jeroglíficos, demótico y griego. Las copias de dichos decretos (siendo el más famoso el decreto de Menfis del 196 a.C., conocido por la Piedra de Rosetta, lámina 6), se irguieron en las entradas de todos los templos, y su contenido honraba el evergetismo de los reyes hacia los templos y hacia los dioses de Egipto (ver Ma, 2003:180; Manning, 2009: 97-101; Clarysse, 2010: 281-283; Pfeiffer, 2016: 11-14; Hölbl, 2004: 77-85). Según Manning, el aspecto metalingüístico de los decretos sacerdotales constituye un fenómeno único tanto para el mundo helenístico como para el mundo egipcio, y refleja el continuo proceso de negociación bidireccional entre el sacerdocio y la realeza (Manning, 2009: 97). Pfeiffer expone que el sacerdocio fue capaz de establecer una doble vía de comunicación a medio camino de los decretos honoríficos helenísticos y las tradicionales estelas egipcias (Pfeiffer, 2016: 14). Así gracias a la gran influencia social que ejercieron los sacerdotes, la dinastía lágida consiguió fusionarse con la figura de los antiguos faraones, convirtiéndose en lo que la historiografía ha llamado una “monarquía bicéfala” o “monarquía camaleónica” (Pfeiffer 2016; Ma 2005), y por otro lado se mantuvo como intermediario indispensable entre el estrato greco-macedonio y la población nativa.

Uno de los mejores ejemplos iconográficos que muestra la faceta híbrida de la monarquía ptolemaica se encuentra en el Decreto de Rafia (Figs. 4-5). Este decreto sacerdotal conmemora la victoria militar que Ptolomeo IV obtuvo en dicha batalla, en el marco de la cuarta Guerra Siria. En la estela, Ptolomeo IV aparece representado en ademán de masacrar al enemigo, típica escena egipcia que contrasta con el supuesto ideal salvador de los monarcas helenísticos. Además, aparece portando la corona *pschent*, rodeado de múltiples divinidades egipcias (no visibles en las imágenes), y de textos jeroglíficos entre los que se observan los títulos reales *nsw bity*, “el que pertenece al junco y a la abeja”, y el *Sa Re* el nombre de nacimiento o “hijo de Re”. El elemento iconográfico novedoso lo constituye el hecho que el faraón aparece a caballo, en posición de carga, portando una lanza y una coraza helenística

(con el *pteryges*); representación que, si bien es egipcia, remite más a la tradición iconográfica macedonia<sup>11</sup> (Manning, 2009: 82). Para Ma, lo que realmente se muestra en esta representación es una deliberada manipulación y ruptura del discurso local, siendo el objetivo principal mostrar a la población no griega “los orígenes étnicos del poder” y la unidad del poder real (Ma 2005: 190-191).



Figs. 4-5: Dos fragmentos del decreto de Rafia en donde Ptolomeo IV aparece cargando contra un enemigo sirio (Antíoco III), imagen que recuerda la carga de la caballería macedónica. Para la imagen de la izquierda (Ma 2005: 190), para la imagen de la derecha (Maspero 1912: 260).

Puesto que el Estado egipcio había funcionado a lo largo de más de dos mil años con unas mismas instituciones y con un modelo religioso que otorgaba etnicidad e identidad a los egipcios, tiene sentido creer que el Estado lágida (el rey y su corte) mediante diferentes mecanismos de cohesión<sup>12</sup>, buscó insertarse en las tradiciones locales y granjearse el apoyo de los sacerdotes, los principales intermediarios con la población local y los últimos agentes sociales nativos con poder tras la ocupación de los persas. Para conseguirlo, éstos no tuvieron ningún reparo en promocionar su imagen como faraones egipcios y su posición política “anti persa” mediante la guerra contra el “leviatán seléucida”, *topos* que ha sido rastreado gracias a las estelas sacerdotales de los monarcas de Ptolomeo II, III y IV (cf. Hölbl 2000: 77-85).

Este último hecho nos presenta a una monarquía muy interesada en explotar las posibilidades de interacción que ofrecieron las guerras sirias para con los dioses y los templos egipcios,

<sup>11</sup> Ver el mosaico de Alejandro donde aparece el joven rey montado a caballo y en una posición muy similar a la de Ptolomeo IV (a pesar que el mosaico es de época romana se cree que este estuvo basado una pintura mural de época helenística).

<sup>12</sup> Véase la creación de la divinidad Serapis, o la figura de Manetón como redactor de la *Aegyptiaca*.

pues gracias a esto, el sacerdocio no habría presentado reparos en cuestionar el modelo fiscal introducido por los lágidas ni tampoco cuestionar su autoridad.

## 2. “El período de transición” de la dinastía ptolemaica

### 2.1. Ptolomeo IV *Filopator* y la cuarta guerra siria

Ptolomeo IV<sup>13</sup> accedió al trono en el año 221 a.C., con veinte años de edad, en un momento en el que el imperio seléucida y el reino de Macedonia también eran heredados por monarcas tan jóvenes como *Filopator*. Polibio nos narra que este monarca se encontró ya desde los inicios de su mandato bajo la influencia de Sosibio, una de las figuras “más inteligentes y menos escrupulosas del mundo helenístico” (Hölbl, 2000: 127). De joven, Sosibio, había sido campeón en múltiples festividades deportivas, destacando los juegos Ístmicos, los juegos Nemeos y los Panatenaicos; victorias con las que el poeta Calímaco habría compuesto su obra *Sosibio victorioso* (Antúnez, 2004; Hölbl, 2000: 127). Posteriormente, en la corte de Ptolomeo III, Sosibio ocupó cargos importantes como el sacerdocio de Alejandro durante el año 235/34 a.C. Tras la muerte del rey *Evergetes I*, Sosibio conspiró contra Berenice II (esposa de Ptolomeo III y madre de Ptolomeo IV), contra Magas (hermano menor de *Filopator*), y contra Lisímaco (hermano de *Evergetes I*), convenciendo a Ptolomeo IV para asesinarlos y eliminar cualquier oposición al joven monarca (Plb. XV. 25. 1-2). Posteriormente Sosibio también estuvo implicado en las intrigas que condujeron al rey espartano Cleómenes III a suicidarse, quien intentó sublevar a la población de Alejandría para escapar de su reclusión y regresar a Esparta (Plb.V. 36-40)

Según Polibio, Ptolomeo IV desempeñó su papel de rey “como si de una fiesta se tratara” (Plb.V. 34. 3), destacando sus borracheras interminables y su desinterés por los asuntos exteriores del imperio (debido a la confianza del poderío lágida y a la inexperiencia de sus rivales coetáneos). Este comportamiento sin duda contrasta con el rol adoptado por Antíoco III, el monarca seléucida, quien, a sus veinte años de edad, se marcó el objetivo de

---

<sup>13</sup> Lo que actualmente se conoce sobre el cuarto lágida proviene en gran medida de la obra de Polibio, del decreto de Rafia y del tercer libro de los Macabeos. Es en el quinto libro del historiador griego donde se narran los acontecimientos históricos transcurridos en Grecia, Egipto y el imperio seléucida, durante los años de la 140 olimpiada (220-216 a.C.). Por lo que respecta a Egipto, Polibio relató los sucesos de la cuarta guerra siria, principal conflicto que enmarca el gobierno de Ptolomeo IV; pero además también menciona brevemente la gran revuelta que los egipcios iniciaron durante el gobierno de *Filopator*, la gran revuelta de los egipcios (205-186 a.C.) (ver Plb. V. 107. 2-3, XIV. 12. 3-4).

expandir su imperio y recobrar el esplendor logrado bajo Seleuco I. Una de las ambiciones del *basileus* asiático era precisamente avanzar sobre las posesiones ptolemaicas en Celesiria, pues la presencia egipcia en la región resultaba una seria amenaza para Antíoco<sup>14</sup>. Sin embargo, antes de poder acometer la tarea de tomar Celesiria a los lágidas, Antíoco III tuvo que ocuparse de varias rebeliones internas encabezadas por Aqueo, gobernador de Asia Menor, y Molón, sátrapa de Media. Hermias, *philos* y hombre fuerte del gobierno de Antíoco III, persuadió al monarca seléucida de enfrentarse a Ptolomeo a la vez que preparaban la ofensiva contra los usurpadores, pues según Hermias, “a los sublevados debía combatirlos con generales, pero que contra los reyes era el rey en persona quien debía realizar las operaciones y batallas decisivas” (Plb. V. 45. 6). Así Antíoco III inició una primera campaña en el 221 a.C. contra las posesiones lágidas en Siria. Marchando por el valle de Bekaa, el seléucida atacó las fortalezas de Gerra y Brocos, fuertemente defendidas por Teodoto, *strategós* de Ptolomeo en Celesiria. No obstante, esta primera ofensiva se vio frenada cuando llegaron las noticias relativas a que los generales enviados a luchar contra Molón habían sido derrotados, y que este, además, se había ceñido la diadema real, proclamándose *basileus* (Plb. V.45.7- 46.5). Antíoco III no tuvo más remedio que abandonar la ofensiva y retornar a su reino para solventar la revuelta de Molón. El usurpador seléucida finalmente fue derrotado un año más tarde, en el 220 a.C.; aunque los problemas de Antíoco dentro de sus fronteras no cesaron.

A la vez que Molón fue derrotado en el oeste, Aqueo se proclamó rey de Asia Menor (que buscó rápidamente el apoyo de Ptolomeo IV). El consejo real seléucida<sup>15</sup> persuadió de nuevo a Antíoco de atacar Celesiria y así desestabilizar tanto a Aqueo como a Ptolomeo IV. El objetivo principal consistía en capturar la ciudad de Seleucia de Pieria<sup>16</sup> que, debido a su posición estratégica, garantizaba una posición fuerte en Siria. Pero los preparativos para la campaña viraron hacia un escenario insospechado cuando llegó a manos de Antíoco una misiva enviada por Teodoto. En ésta, el general egipcio apelaba a Antíoco y “le llamaba con premura con la intención de entregarle Celesiria” (Plb. V. 61. 3). Así, el mismo hombre que

---

<sup>14</sup> Los conflictos entre la dinastía helenística egipcia y la realeza seléucida se remontan a la guerra de los Diádocos, cuando parte de Celesiria “había sido tomada injustamente por Ptolomeo” (Diod. XVIII. 73.2).

<sup>15</sup> Hermias y su familia habían sido asesinados en el 220 a.C., en una conspiración palaciega orquestada por Apolófanes (el médico personal de Antíoco III), quien veía las malas intenciones y ambiciones del hombre fuerte de Antíoco (ver Plb. V. 56. 1-15.).

<sup>16</sup> Puerto natural de Antioquía y uno de los solares de la dinastía seléucida. Había sido fundada por Seleuco I y tomada por Ptolomeo III durante la tercera guerra siria (246-241).

había organizado la defensa de Siria dos años antes y había hecho retroceder al joven monarca, ahora le entregaba la llave del levante Mediterráneo. Tal acto de traición no se logra comprender sin mencionar que tras la campaña de Antíoco del 221 a.C., Teodoto fue llamado a Alejandría donde no fue recompensado por su victoria, sino que sucumbió a intrigas palaciegas que casi le costaron la vida (Smith, 1880: III. 1072). Tras la caída en desgracia de Teodoto, éste prefirió ceder el control de Celesiria a Antíoco, quien con su ejército se hizo con las ciudades de Tiro y Ptolemais (la futura Acre), consiguiendo entrar en la base naval de Seleucia de Pieria sin apenas oposición.

Según Hölbl con la toma del norte de Celesiria, la acción tradicional de los monarcas asiáticos habría sido atacar directamente Egipto marchando hacia Pelusium (Hölbl, 2000: 129), pero Antíoco, anticipando que la corte alejandrina se prepararía para una férrea defensa, prefirió extender su control por toda Palestina. El monarca seléucida tuvo que sitiar las ciudades costeras de Dora y Sidón, que finalmente no pudo capturar, y a finales del 219 a.C., las embajadas enviadas por los lágidas (entre los que participaban delegados de Bizancio, Rodas, las islas Cícladas y Etolia), consiguieron pactar un cese de hostilidades por un período de cuatro meses. La estrategia de Sosibio y Agatocles consistió en ganar tiempo para poder reclutar un ejército mercenario en Alejandría. De este modo los ministros de Ptolomeo IV se trasladaron junto con el rey a Menfis, desde donde empezaron a organizar la defensa de Egipto.

Mientras las embajadas se encontraron en ambos reinos, empezó a llegar a Alejandría un enorme contingente de mercenarios procedentes de todo el mundo helenístico. La solicitud de tregua en las hostilidades, y el envío de emisarios ante el rey seléucida, no solo tuvo como objetivo demorar el avance de Antíoco, sino “reafirmar la opinión preexistente en él sobre Ptolomeo, en el sentido de que el rey no se atrevería a combatir” (Plb. V. 63. 2-3). Polibio nos narra que el reclutamiento no se focalizó solo en soldados, sino que el Estado lágida también requirió de oficiales para dirigir a los hombres. Así llegaron a Alejandría Equócrates de Tesalia, Fóxidas de Meletis, Cnopias de Allaria y Sócrates de Beocia, quienes se encargaron de entrenar, pertrechar y organizar los víveres del ejército. Además, por primera vez en la historia de la dinastía lágida se reclutaron hombres nativos para ensanchar las



huestes de “*kleruchs*”<sup>17</sup>. Así, unos 20.000 egipcios (llamados *machimoi*), fueron equipados y entrenados siguiendo el estilo militar helenístico, hecho que según Polibio posibilitó posteriormente a los egipcios revelarse contra la monarquía macedónica (Plb. V. 107. 2-3).

El monarca seléucida, confiando en su superioridad militar, y creyendo que Ptolomeo no se atrevería a entablar batalla, decidió consolidar sus posiciones sirias, sitiando aquellos enclaves que aún se le resistían (como las ciudades de Dora, Sidón y el paso del Porfirio). Después de asegurarse el control de Siria y Palestina retiró a sus tropas a Seleucia, dónde situó sus cuarteles invernales (mientras que éste decidió pasar el invierno en Ptolemais). Así el rey egipcio y sus ministros tuvieron tiempo de reorganizar sus fuerzas, siendo entrenadas y pertrechadas en Alejandría para ser trasladadas posteriormente a Pelusium. Según nos narra Polibio, el ejército lágida, compuesto por setenta mil infantes, cinco mil efectivos de caballería y setenta y tres elefantes de guerra africanos, salió de Egipto en la primavera del 218 a.C., encontrándose con las huestes de Antíoco cerca de la población de Rafia, a 25 km de la ciudad de Gaza. Del otro lado, el ejército seléucida se componía de sesenta y dos mil soldados de infantería, seis mil jinetes, y ciento dos elefantes de guerra indios.

En un primer momento, Antíoco acampó a cinco kilómetros de donde se encontraban las huestes lágidas, pero en un acto de dar más confianza a sus tropas, desmontó el campamento para trasladarlo a apenas dos kilómetros del enemigo. Durante los cinco días que según Polibio los contingentes estuvieron acampados los unos frente a los otros, se sucedieron múltiples escaramuzas por el abastecimiento de agua y forraje (Plb. V. 80). Además, se intentó asesinar a Ptolomeo mediante un plan trazado y ejecutado por Teodoto, aunque el regicidio fracasó (Plb. V. 81). Finalmente, el veintidós de junio del 218 a.C., Ptolomeo IV sacó sus tropas del campamento, maniobrando en dirección a Antíoco. Éste al ver que el ejército lágida se ponía en movimiento, hizo lo mismo con sus hombres, encuadrándose frente a las huestes de Ptolomeo, dando inicio a la batalla de Rafia.

En el centro de la línea egipcia se situó la falange macedonia formada por 25.000 hombres, encabezados por Andrómaco, mientras que a la derecha se posicionó el cuerpo de *machimoi*

---

<sup>17</sup> Los “*kleruchs*” eran colonos del Estado lágida, quienes a cambio de poseer porciones de tierra (“*kleruchic*”), servían al estado como fuerzas armadas en la reserva (Cf Fisher, 2016: 118-123; Kehoe, 2010: 314-323; Manning 2009: 6 y 47).

egipcios bajo el mando de Sosibio. En el ala derecha, Fóxidas quedó al mando de los 8.000 mercenarios griegos, y contiguo a éstos se situaron los 6.000 gálatas y tracios, liderados por Dioniso. Colmatando el ala derecha, se situó la caballería griega, liderada por Equecártes, junto con 33 elefantes africanos acorazados. El ala izquierda, siguiendo a la falange greco-macedonia, se dispuso Sócrates y los 3.000 libios entrenados y pertrechados también al estilo macedonio. A éstos les seguía el cuerpo *ile basilikoi agema*, 3.000 falangistas reales comandados por Euríloco (que conformaban la guardia real de Ptolomeo). Además, el ala izquierda se colmató con los contingentes de Polícrates y Ptolomeo IV, quienes estaban al mando de 3.000 soldados cretenses, 700 jinetes de la guardia real y finalmente 40 elefantes africanos.

Antíoco, por su parte, se situó en su ala derecha, encabezada por sesenta elefantes indios (bajo el mando del general Filipo). Cuatro mil jinetes del cuerpo *ile basilikoi agema* protegían al monarca seléucida (dos mil de frente y otros dos mil formando un ángulo con el rey), comandados por Antípatro. Contigua a la caballería se posicionaron los cretenses y los mercenarios griegos, formados según la falange macedonia. A continuación, en el centro de la línea seléucida, formaba el cuerpo de los *argyraspides* o escudos de plata (el cuerpo de élite de la infantería de los Diádocos), junto con el grueso de la falange. Finalmente se encontraba el ala derecha del ejército, compuesta por el cuerpo de árabes, medos, tracios, jabalineros lidios, dos mil jinetes bajo el mando de Témiso y, finalmente, 42 elefantes indios.

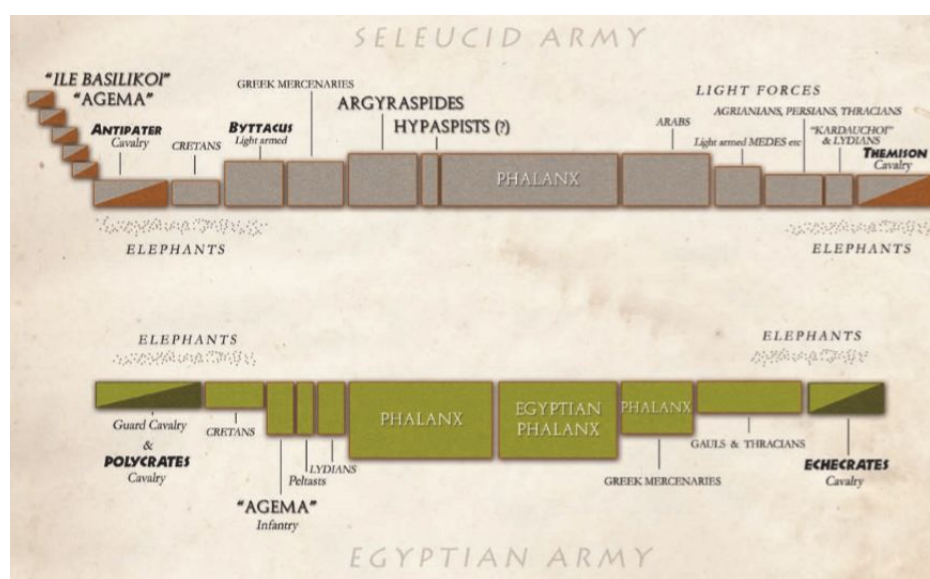


Fig.6: Disposición del ejército seléucida y ptolemaico en la batalla de Rafia (Park, 2010: 28).

La batalla dio comienzo cuándo Antíoco mandó a sus elefantes del flanco derecho cargar contra la línea izquierda de Ptolomeo. Antíoco situándose en el ala derecha, intentó aplastar rápidamente el flanco donde se encontraba el *basileus* lágida, intentado desalentar el resto del ejército rival. La carga de los paquidermos indios no pudo ser contrarrestada por el contingente de sus primos africanos quienes, presa del temor, acabaron abalanzándose contra sus propias líneas. La guardia real de Ptolomeo y la caballería de Polícrates poco pudo hacer contra la embestida, viéndose además presionados por la carga de la caballería antióquida (respaldada por los mercenarios griegos y cretenses). Al mismo tiempo que el *basileus* seléucida consiguió desorganizar y acabar con el flanco izquierdo egipcio, Equécartes y Fóxidas, lograron neutralizar el ala izquierda de Antíoco, esquivando la estampida de los elefantes. El primero viendo que los paquidermos africanos tampoco entablarían combate (cómo había pasado en el ala de Ptolomeo), echó a un lado a su caballería y consiguió flanquear a la enemiga. Fóxidas por su parte, al mando de los mercenarios griegos y del contingente de gálatas y tracios, arremetió contra el cuerpo de árabes y persas, que sin el apoyo de la caballería se vieron obligados a huir en desbandada.

Con el revés lágida en el ala izquierda, la batalla discurrió a favor de Ptolomeo IV y Arsínoe III<sup>18</sup> que, junto con sus jinetes, se trasladaron al centro de sus fuerzas, donde los reyes arengaron a sus falangistas y les lideraron hacia el núcleo seléucida. El músculo del ejército helénico-persa no pudo resistir frente a las huestes exaltadas contrarias, pues mientras Ptolomeo y Arsínoe cargaron junto con sus hombres<sup>19</sup>, Antíoco, presa de su inexperiencia militar, se encontraba aún en el ala izquierda persiguiendo a los fugitivos. Así la batalla de Rafia concluyó con la victoria de Ptolomeo IV.

Los acontecimientos de este enfrentamiento también se encuentran documentados en la ya citada Estela de Rafia (Austin, 2006: núm. 276). Este documento además de constituir un buen ejemplo de la propaganda desplegada por los sacerdotes egipcios en agradecimiento por el evergetismo del rey<sup>20</sup>, a su vez nos describe cómo Ptolomeo tuvo que afrontar la traición de

---

<sup>18</sup> La hermana y a la vez esposa de Ptolomeo IV no solo participó en la batalla de Rafia, sino que según se expone en el tercer libro de los Macabeos fue ella y no su hermano la que lideró y exaltó a las tropas frente al núcleo del ejército seléucida (Macabeos I. 29).

<sup>19</sup> Para Hölbl este pasaje de Polibio describe, por última vez en la historia, a un faraón batallando en Asia “siguiendo el modelo egipcio”, el modelo de los reyes del Reino Nuevo (Hölbl, 2004: 131).

<sup>20</sup> En el Decreto de Rafia no se menciona la participación de Arsínoe, y se asimila a Ptolomeo IV con la figura protectora de Horus. Para ver más sobre la implicación de las reinas helenísticas en el mundo de la guerra ver Duval, 2016: 184-222 y Chaniotis, 2005: 102- 114.

los oficiales enviados a retomar Celesiria tras la derrota de Antíoco (Austin, 2006: núm. 276. 24-25). Este hecho si bien es vagamente mencionado en el Decreto, tiene una gran relevancia pues nos informa de las complicaciones internas que ya se empezaron a manifestarse bajo el gobierno de este rey. Para Christelle, dicha traición tendría que ver con las dificultades del Estado lágida para pagar al ejército y a los contingentes mercenarios reclutados<sup>21</sup> (Christelle, 2014:88). Siguiendo a esta autora, la burocracia ptolemaica no habría podido recaudar los impuestos de Celesiria durante los dos años en que esta estuvo ocupada, y además tampoco habría podido saquear sus propios territorios una vez recuperados. Así para estabilizar el presupuesto estatal y a su vez mantener la lealtad de sus tropas, no tuvo más remedio que recompensar a sus hombres y desmovilizar parte de su ejército. En el mismo Decreto se afirma que Ptolomeo recompensó con 300.000 piezas de oro a sus hombres, que equivalía al salario de tres meses de todo el ejército contratado para la Cuarta Guerra Siria (Christelle, 2014:88). Esta suma de dinero según Rostovtezz provino, en su mayoría, de los impuestos regulares de Egipto (Rostovtezz, 1941: 710), aunque también pudo provenir de los regalos que las ciudades de Siria y Palestina ofrecieron al monarca lágida cuando este las visitó tras ser retomadas (Plb. V. 86. 8-11; Christelle, 2014: 88).

También sabemos por Polibio que una vez en Egipto, en el 217 a.C., estalló una revuelta en Alejandría (Plb. V.107). A pesar de sus vagas referencias y de su acusación directa a la población nativa, sabemos que este acontecimiento fue otro levantamiento dirigido por algunos generales del ejército lágida, posiblemente apoyados por miembros de la élite. Estas revueltas continuas por parte del ejército han sido enmarcadas en lo que se conoce como una actuación “pretoriana”, y que consiste en el levantamiento del ejército para imponer su control, no por reconocimiento legal sino a través de un golpe de Estado (Christelle, 2014: 91; Andreski, 1968: 104-107). Si bien no hay fuentes que nos den más luz sobre el alzamiento militar, lo que se sabe es que para el 210 a.C. *“en todo el mundo habían estallado guerras y se habían establecido ejércitos; la única excepción era Egipto”* (Plb. IX. 11a.2), pasaje que induce a pensar que la revuelta fracasó.

---

<sup>21</sup> Tanto en el texto de Polibio como en el tercer libro de los Macabeos nos aparece que como mecanismo de mantener la lealtad de los soldados se les prometía una recompensa tras la batalla, a parte del salario recibido (Plb. V. 83. 4-5; Macabeos I. 4)

Por lo que respecta a la política exterior, después del enfrentamiento en Rafia, el Estado lágida actuó como actor intermediario en el Mediterráneo oriental. Durante el primer conflicto que enfrentó al reino macedonio y a la república romana (primera guerra macedónica, 2015- 205 a.C.), se sabe que Ptolomeo IV mandó hasta en tres ocasiones delegaciones, junto con más Estados griegos, a intermediar entre las facciones enfrentadas. Además, el reino de *Filopator* se mantuvo neutral durante la Segunda Guerra Púnica; aunque dio refugio a Decio Magius de Capua (pro-romano enviado a Cartago por orden de Aníbal pero que acabó en Egipto), y posteriormente envió remesas de trigo a la ciudad de Roma después de recibir delegaciones de ayuda enviadas por ésta.

Bajo Ptolomeo IV, el reino helenístico de Egipto aún pudo mostrar su esplendor, pues desplegando una ingente cantidad de recursos y de tropas para enfrentarse a Antíoco, Ptolomeo y sus ministros no sólo preservaron el imperio, sino que fueron capaces de jugar un papel político relevante en los conflictos del Mediterráneo a finales del siglo III a.C. A pesar de esto la guerra contra los seléucidas llevó a los lágidas a adoptar un rol más defensivo, y las constantes revueltas dentro del país acabaron por socavar el frágil poder que los macedonios habían conseguido consolidar tanto en el país del Nilo como en las posesiones exteriores. Ptolomeo IV murió en el 206 a.C., a los cuarenta años de edad, dejando a un heredero de tan solo seis años a la cabeza de un reino sumido en el caos.

## **2.2. La “Gran Revuelta de los egipcios” (206-186 a.C.)**

La revuelta que estalló a finales del reinado de Ptolomeo IV dentro del solar de la dinastía, y cuyo desarrollo se prolongó hasta el decimonoveno año de reinado de Ptolomeo V (186 a.C.), es el mejor ejemplo que muestra el declive del Estado ptolemaico. Dicha revuelta no fue de gran importancia para Polibio, el principal autor que narra los acontecimientos transcurridos en Egipto a finales del siglo III e inicios del siglo II a.C. El autor arcadio se limitó a describir los hechos como acontecimientos irrelevantes, culpando principalmente a Ptolomeo IV por haber armado a nativos egipcios durante la cuarta Guerra Siria (Plb. V. 107. 1-3; XIV. 12.15). La visión ofrecida por Polibio dio pie a una interpretación “etno-nacionalista” de la revuelta por una parte de la historiografía helenística, para quienes el objetivo final de los sublevados habría sido expulsar el estrato greco-macedonio, apelando al sentimiento de los egipcios. Sin embargo, para Johstono el desinterés de Polibio por la gran Revuelta demuestra su incapacidad para comprender y analizar los hechos transcurridos en Egipto; fenómenos de

violencia que escapaban a la forma convencional de hacer la guerra en el mundo helenístico (Johnstono 2016: 184).

Las tesis polibianas sobre la revuelta han sido desafiadas por factores de tipo socioeconómico, como señala McGing, que critica precisamente el “dogma modernista” que niega la existencia de nacionalismos en la antigüedad (McGing, 2017: 222). A pesar de ello, mayoritariamente los recientes estudios no han tendido a confrontar dichas posiciones. De hecho, para Johnstono, el antagonismo étnico y religioso entre griegos y egipcios se habría complementado con las desigualdades económicas entre estos mismos grupos étnicos<sup>22</sup> (Johnstono, 2016: 185). Por otra parte, Hölbl expresa que es difícil evaluar hasta qué punto la oposición al gobierno ptolemaico fue un resurgimiento o incluso la continuación de la resistencia egipcia frente los poderes extranjeros. Según este último autor, en la versión más reciente de la *Demotic Chronicle* (documento donde se refleja el sentimiento anti-persa de los egipcios, fechado en el siglo III a.C.), aparece también una profecía que presagiaba que un rey de Heracleópolis Magna expulsaría a la monarquía macedónica de Egipto. Aunque la redacción de este documento apunta a los sacerdotes, Hölbl concluye que en ese momento estos actores sociales estaban muy vinculados con la monarquía y, por lo tanto, que las revueltas se extendieran por todo Egipto no se debió a la oposición del sacerdocio sino al descontento generalizado de la masa de la población (Hölbl, 2000: 154).

Para el Estado ptolemaico la Gran revuelta de los egipcios se calificó como *ταραχή*, término que significa “disturbio”, y que la historiografía actual ha seguido usando junto con el nombre de “La Gran Revuelta” (ver Clarysse, Hölbl, McGing, Pestman, Veïsse). Lo que no ha recibido tanta atención (y que de hecho interesa especialmente a Johnstono), reside en la naturaleza y el propósito final de la violencia desencadenada. En concreto resulta necesario diferenciar si se basó en pillajes y bandidaje, o respondió a una violencia más o menos vertebrada y dirigida a subvertir el control de la dinastía reinante. Según Johnstono, la historiografía tradicionalmente ha consultado los decretos sacerdotales emitidos por el bando lágida para responder a esta cuestión; documentación cuya finalidad era mantener un discurso oficial y propiciar una propaganda regia activa. Pero en estos decretos el término *ταραχή*

---

<sup>22</sup> Hay que tener en cuenta que la tenencia de la tierra en la *chorá* egipcia constituyó una gran herramienta política para la monarquía lágida, donde los colonos griegos (mayoritariamente “*Kleruchoi*”), eran los más favorecidos. Igualmente cabe reseñar las desigualdades fiscales existentes entre los colonos griegos y los nativos egipcios (ver Manning 2003; Fisher-Bovet, 2014: 92-93).



tenía una finalidad muy concreta, y era remarcar la idea de que en Egipto nada grave estaba ocurriendo. Así, según el discurso oficial no existía guerra alguna ni tampoco había enemigos, sólo “impíos” que acometieron grandes males contra los templos y los habitantes de Egipto, tal como aparece en el decreto de Memphis del 196 a.C. Pero para Johstono la calificación de “disturbios”, solo puede servir para designar patrones de resistencia y no para describir a un movimiento insurgente bien organizado, que contó con el apoyo popular y que empleó tácticas de guerra no convencionales para erradicar el control ptolemaico de Egipto. Así, este autor propone el término “insurgencia” para designar dicha revuelta, con el cual se obtiene una visión más amplia y compleja de un fenómeno, que no habría conformado según él, un movimiento unitario entre el Delta, el Medio Egipto y la Tebaide.

Para Johstono y McGing la “Gran Revuelta de los egipcios” habría acontecido como muchos movimientos insurgentes modernos: primero con manifestaciones de resistencia y de violencia puntuales, con una baja organización; y posteriormente, con la acumulación de agravios cometidos por parte del estado, la violencia habría ido escalando, así como la capacidad organizativa de los rebeldes (Johstono, 2016: 188, McGing, 2017: 221). Para Hölbl el levantamiento contra el gobierno de los ptolomeos se manifestó como consecuencia del costo que supuso el mantenimiento del imperio, y que con el incremento de la presión fiscal y de la explotación de recursos sobre la masa campesina tras la tercera guerra siria, se fue incrementando proporcionalmente el malestar social (Hölbl, 2000: 153).

El papiro *Tebt. 3.1.703* (Austin, 2006: 558-562), contiene información contable muy detallada que muestra la gestión del Estado ptolemaico en el mundo agrícola e industrial bajo la responsabilidad de los funcionarios regionales. Este papiro representa un claro ejemplo de cómo la mala gestión burocrática y la corrupción de los funcionarios reales perjudicaba a la población campesina, que viéndose además sometida a una fuerte tributación, se habría visto obligada a abandonar sus tierras (Cf. Johstono, 2016: 189). Este fenómeno migratorio que afectó a la población rural, pero también de los *machimoi* egipcios, recibe el nombre de *anachoresis*, y se convirtió en uno de los mayores problemas para el Estado ptolemaico a finales del siglo III a.C. La huida de la población agrícola hacia los desiertos y los pantanos del Delta de Egipto, no solo dejaba tierras sin cultivar, sino que provocó un incremento considerable del número de bandidos, tal como se observa en otro papiro de finales del siglo III a.C. En este se relata cómo “bandidos egipcios”, que procedían “del exterior de la

comunidad del pueblo”, atacaron un puesto militar y un recinto sagrado (cf Hölbl, 2000: 154).

### **2.3. Haronnophris y Ankhwnnefer**

La principal originalidad del levantamiento en el Alto Egipto radicó en la afirmación de dos reyes rebeldes nativos, Haronnophris-Harmachis y Ankhwnnefer-Chaonnophris, que habrían capitalizado la insurgencia en la tebaide. Las fechas de reinado de ambos reyes plantearon durante mucho tiempo cierta incertidumbre, aunque actualmente la situación parece haber llegado a estas conclusiones:

- Haronnophris precede a Ankhwnnefer. Gracias a la información aportada por el papiro *P.dem. Berl. Kaufv.3146* (Cf. Veisse, 2004: 21)
- Chaonnophris continuó los años de reinado de su predecesor, siendo el primer año de éste el séptimo de Haronnophris (Cf. Veisse, 2004:21; Pestman, 1995: 107)
- Haronnophris empezó a reinar en Tebas entre el 13 de octubre y el 10 de noviembre del 205 a.C. Esta afirmación se sustenta en la información dada por el papiro *P.Tor.Choach. 12 (UPZ II 162, g)*, donde un tal Hermais intentaba hacer valer los derechos de una propiedad que su padre (Ptolemaios), abandonó durante la *ταραχή* del 205 a.C.<sup>23</sup> (Cf. Veisse, 2004: 15-16).

Los propios nombres de los monarcas, los cuales también han planteado un largo debate (ver Veisse, 2004: 83-99), conformaron un programa político-religioso muy potente, diferenciándose claramente de la nomenclatura greco-macedonia de los lágidas. Haronnophris está compuesto por la raíz “Horus” y la desinencia “Onnophris” (Horus-onnophris), y Ankhwnnefer se compone de las palabras “Ankh” y “Onnophris” (Onnophris vive). La elección del término “onnophris” como designación del nombre de los reyes rebeldes no habría sido banal, pues Osiris, según la mitología egipcia, fue el primer faraón de Egipto, y el primero en resucitar en el “más allá”. Este hecho habría permitido, según Veisse, a los reyes rebeldes presentarse como personajes mesiánicos, restauradores de una realeza legítima en Egipto (Veisse, 2004: 96). Por otra parte su similitud en la

---

<sup>23</sup> A pesar de lo indicado arriba, para el inicio de reinado de Haronnophris todavía existe mucha controversia entre los especialistas. Veisse concluye que el primer año de reinado del primer faraón rebelde comenzó en el 205 a.C, aunque a su vez anota que es plausible que Haronnophris fuera proclamado como faraón en octubre del 207 a.C (cf Veisse, 2004: 21-22).

designación ha sido visto por Clarysse como una iniciativa de los reyes de crear una nuevo proyecto dinástico (Clarysse 2004: 107).

<b>Haronnophris</b>		
<i>Hr-wn-nfr</i> , Ὑρ Γοναφορ, 		
	<i>text</i>	
(1)		<b>i</b> note the supplementary  surmounting 
(2)		<b>m</b>
(3)		<b>o</b> written by Peteesis; see ex. 5 below
(4)	ΥΡΓΟΝΑΦΟΡ	<b>q</b> Ὑρ Γοναφορ <sup>70</sup>
<b>Chaonnophris</b>		
<i>chn-wn-nfr</i> , <sup>77</sup> Χαοννώφρις, 		
	<i>text</i>	
(5)		<b>w</b> written by the same hand as ex. 3 above
(6)		<b>gg</b>
(7)	Χαοννώφρις	<b>jj</b> ἡ Χαοννώφριος ταραχή
(8)		<b>tt</b> <i>chn-wn-nfr</i> (demotic version of the decree Philae II); <sup>78</sup> after the defeat: the cartouche and <i>chn wd3 snb</i> are omitted
(9)		<b>tt</b> <i>Hr</i> <sup>79</sup> - <i>wn-nf(r)</i> (hieroglyphic version of the same decree); <sup>80</sup> after the defeat Chaonnophris is considered an enemy 

Fig. 7: tabla donde aparecen las versiones en jeroglífico, demótico y griego de los nombres de los reyes rebeldes (Pestman, 1995: 125-127).

En los documentos donde se han conservado los nombres de estos monarcas (en muchas ocasiones contratos notariales de la tebaide), aparece también el título egipcio “*pr ʿ3*” (faraón), y los epítetos “amado de Isis” y “amado de Amón-Ra-sonetjer” (Amón-Ra “el gran dios”). Por lo que respecta al título de “faraón”, Haronnophris y Ankhwnnefer se presentaron como legítimos gobernantes de Egipto, relegando a la dinastía ptolemaica como un linaje

usurpador. Por otro lado, atendiendo a los epítetos que acompañan a los nombres, éstos también supusieron una contraofensiva al modelo dinástico lágida, pues el epíteto “Amado de Isis” había sido adoptado previamente por Ptolomeo IV *Filopator*, y posteriormente también por Ptolomeo V *Epifanes* (Cf. Veïsse, 2004: 96-99). De este modo, poniéndose bajo la protección de Isis, los reyes insurgentes intentaron anular la legitimidad de los ptolomeos. Por otro lado, el título “Amado de Amón-Ra-sonetjer”, se contraponía al epíteto “amado de Ptah” (dios tutelar de Menfis), adoptado por la dinastía lágida. Así, en su titulación, los monarcas que se opusieron al control greco-macedonio buscaron integrar en su nombre la figura del dios Amón y no la del dios tutelar de Menfis, encontrando pues una posible confrontación religiosa entre Menfis y Tebas (Fisher-Bovet, 2014 : 92; Veïsse, 2004: 228-244). Finalmente, además de estos dos epítetos, en un grafito del osireion de Abydos también aparece el nombre de Haronnophiris acompañado del nombre de Osiris: “*Hyrgonaphor loved by Isis and Osiris, loved by Amon-Re king of the gods, the great god*” (Cf. Clarysse 2004 : text 2).

Los reyes rebeldes del Alto Egipto también han sido considerados como reyes de procedencia etíope o nubia debido a las alusiones que hacen algunas fuentes epigráficas, y debido a su titulación (Veïsse, 2004: 84). La primera de estas fuentes corresponde al segundo decreto de Philae, cuya versión jeroglífica recoge que junto a Chaonnophris se habían unido “bandas de nubios”, mientras en la versión demótica se hace referencia a un “ejército Kushita”. Además, en esta última versión del decreto el término de “enemigos” va acompañado de la expresión “pueblos extranjeros” (Veïsse, 2004: 84-85). No obstante, el reclutamiento de tropas nubias o kushitas al servicio de los reyes egipcios había sido una práctica tradicional en tiempos anteriores. De hecho, Nubia había sido durante mucho tiempo territorio egipcio, y durante la dinastía ptolemaica parte de la Baja Nubia (Dodekashoinos<sup>24</sup>), estuvo bajo control lágida. Johstono cree que cuando Ptolomeo V consiguió retomar definitivamente Tebas en el 191 a.C. los reyes etíopes, que habían aprovechado la revuelta en el Alto Egipto para extender su poder por el Dodekashoinos, ayudaron a Chaonnophris aportando tropas (Johstono, 2016: 208). La otra hipótesis que defendía el origen nubio de Haronnophiris y Chaonnophris

---

<sup>24</sup> La Dodekashoinos (las “doce ciudades” en griego), fue la región fronteriza que separaba el Egipto grecorromano del reino nubio de Meroe. Su área se extendía desde la primera catarata en Syene (Asuán), hasta la segunda catarata al sur de Buhen (ver King, 2017: [shorturl.at/hqC10](http://shorturl.at/hqC10)).

sostenía que los epítetos “amado de Isis” y “amado de Amón”, constituían atributos que también portaron los reyes Arnekhmani, Ergamene II y Adikhalamani, aunque actualmente se cree que éstos siguieron el ejemplo de los lágidas (Veisse 2004: 86-87).

#### **2.4. El reino rebelde de Tebas:**

El primer gran ataque perpetrado por las fuerzas rebeldes tuvo como objetivo el complejo sacro de Edfú (Apollonopolis Magna), en el sur de Egipto. Las inscripciones presentes en el registro inferior de la *naos* y en el muro perimetral del templo del dios Horus mencionan que las obras de construcción quedaron paralizadas desde el año dieciséis del reinado de Ptolomeo IV (en el 207-206 a.C.), hasta el año diecinueve del reinado de Ptolomeo V (186 a.C.), y por tanto durante la totalidad de la gran revuelta de los egipcios. Además de constituir uno de los documentos fundamentales para establecer el marco cronológico de los disturbios (al menos en el sur de Egipto), las inscripciones de Edfú nos informan también sobre los asaltantes, quienes son descritos como “ignorant rebels”, según la traducción en inglés que hace W. Clarysse (Cf. Clarysse, 2004: text 2). Este ataque debemos interpretarlo como un atentado contra una de las instituciones que estaba bajo el patrocinio real y que, por su valor estratégico, su utilidad como edificio militar, y por contar con reservas de moneda, lo convirtieron en un objetivo principal para los rebeldes. Del mismo modo que en Edfú, en Philae se abandonaron las obras de construcción del templo de Arensnufis, el templo de Montu en Medamud (cerca de Tebas), también quedó afectado, y en la propia Tebas los programas decorativos del templo de Amón en Karnak y del templo de Hathor en Deir-el Bahari, también quedaron paralizados, lo que nos indica que las fuerzas rebeldes pasaron de una violencia basada en la subversión y el subterfugio, a un enfrentamiento directo contra la monarquía y sus instituciones.

La ocupación de Tebas se hizo efectiva en el transcurso del 207-206 a.C. En setiembre del 207 a.C. se tiene constancia de la última recaudación de impuestos del gobierno de Ptolomeo IV, tributación que no se volvería a cobrar hasta el año 191 a.C. (Johstono, 2016: 197). Además, en el 205 a.C. las guarniciones lágidas apostadas en Tebas, junto con parte la población griega (como pone de manifiesto el papiro *P.Tor.Choach. 12*), tuvieron que abandonar la región debido a la ocupación rebelde. Johstono cree que las huestes ptolemaicas o bien pudieron trasladarse al Bajo Egipto o bien se resguardaron en la isla de Elefantina

(enclave militar situado en el sur, que se mantuvo en el bando lágida durante toda la revuelta). Ese mismo año, Haronnophris fue coronado faraón en Tebas, iniciando así un gobierno independiente de Alejandría que se extendía desde la primera catarata hasta Abydos.

El control rebelde de la tebaide no duró mucho tiempo, y seis años después de la toma de Tebas, los lágidas iniciaron una contraofensiva contra Haronnophris. En el 199 a.C., el recinto sagrado de Abydos<sup>25</sup> (que funcionó como centro fortificado fronterizo para el bando rebelde), cayó en manos lágidas después de sufrir un asedio. De dicho enfrentamiento no contamos prácticamente con evidencias epigráficas, pudiendo destacar un graffito encontrado en Abydos, de un tal Philokles de Troizen, que honra al dios local Serapis (versión griega de Osiris), y del cual se cree que participó en dicho asedio como mercenario de las huestes lágidas (Cf. Clarysse, 2004: text 3). Después de la caída de Abydos los rebeldes se enfrentaron a las fuerzas lágidas en una batalla campal cerca de Coptos en la que fueron derrotados, y con la que se inició la recuperación de la tebaide<sup>26</sup>. Tras estos acontecimientos Haronnophris desaparece de los registros, siendo substituido por Chaonnophris, lo que cabe deducir que éste murió durante el asedio de Abydos o durante la batalla acontecida en Coptos.

El revés sufrido por los rebeldes en el 199 a.C. permitió a Ptolomeo V avanzar hacia el sur, tomando de nuevo la ciudad de Tebas ese mismo año, y retomando las conexiones con Elefantina y Syene en el 198 a.C. Un indicador del éxito de la contraofensiva ptolemaica reside en el edicto emitido en el 198 a.C., que conocemos gracias al papiro *SB 20.14659*<sup>27</sup>, donde el monarca lágida autorizaba la posesión de esclavos egipcios capturados durante la revuelta. Mediante este mecanismo Ptolomeo no sólo recompensaba a sus hombres, quienes podían vender a los cautivos como esclavos y obtener una buena fuente de ingresos, sino que intentaba cortar de raíz el apoyo que la población nativa brindaba a los rebeldes (Johstono, 2016: 204).

---

<sup>25</sup> No confundir con la Abydos del Helesponto, que también sufrió un asedio por parte de las tropas de Filipo V de Macedonia (ver Plb. XVI.30).

<sup>26</sup> La única evidencia que existe del enfrentamiento armado que habría tenido lugar en Coptos es un epitafio de un comandante macedonio y de su hijo que cayeron durante la batalla (Cf. Johstono, 2016 :199).

<sup>27</sup> Ver la traducción del papiro en <http://papyri.info/ddbdp/p.sijp::45>



Hacia el 194 a.C. vuelven a aparecer datos que permiten deducir que Tebas fue retomada por Chaonnophris, aunque los documentos que nos informan de la situación de la Tebaide entre el 197 y el 194 a.C. resultan muy escasos. El *P.dem.BM Andrews 3* constituye uno de los últimos documentos lágidas preservados antes de la reconquista de Chaonnophris, y el *P.dem.Tor.Botti 2* se trata del primer documento verdaderamente fechado bajo el gobierno de Chaonnophris tras la conquista del 199 a.C. (cf Johstono 2016: 205). Según Johstono esta nueva ocupación de Chaonnophris permite probar que la insurgencia en la Tebaide escapaba a las formas convencionales de la guerra helenística, ya que incluso después de la derrota del primer faraón rebelde, los insurgentes tuvieron la capacidad de seguir luchando durante toda una década. Finalmente, en el 191 a.C. el general Ptolemaios recuperó definitivamente Tebas, introduciendo nuevas reformas fiscales y administrativas que estuvieron al cargo del oficial Protarchos (Johstono 2016: 208). Estas reformas tuvieron como objetivo promulgar un censo de la propiedad de la tierra en la tebaide, para así poder sacar a subasta aquellas tierras que habían quedado baldías y con ello retomar el cobro de impuestos interrumpido durante buena parte de la *ταραχή*; aunque restaurados en el 190 a.C. Por otro lado, Ptolemaios se encargó de vertebrar los nuevos asentamientos militares tanto al norte como al sur de Tebas, pero fue ineficaz a la hora de combatir los embates de las huestes rebeldes de Chaonnophris, que seguramente se refugió en la frontera entre Meroe y Egipto. En el 187 a.C., el Estado ptolemaico envió un ejército de refuerzo al sur de Egipto, dirigido por el general Komanos. Éste junto a Protarchos se encargaron de aprovisionar y preparar una campaña contra Chaonnophris en el fuerte militar de Syene.

El reinado de Chaonnophris terminó en agosto del 186 a.C., cuándo el ejército de Komanos derrotó a las fuerzas del segundo rey rebelde y al ejército Kushita en un enfrentamiento abierto. El decreto de Memphis menciona que durante la batalla el hijo de Chaonnophris y los líderes de las tropas nubias fueron asesinados, mientras que Ankhwnnefer fue llevado a Memphis donde fue ajusticiado (*Philae II*<sup>28</sup>, Polyb. XXII. 17.4). Tras la derrota del último rey rebelde se emitió un gran decreto de amnistía (*Köln VII 313*), fórmula que ya se había intentado aplicar en el decreto de Memphis del 196 a.C., cuándo Ptolomeo V perdonó “*a los machimoi y a los demás que habían expresado sentimientos hostiles en el momento de la*

---

<sup>28</sup> Ver la traducción en [http://www.attalus.org/docs/other/inscr\\_260.html](http://www.attalus.org/docs/other/inscr_260.html)

*revuelta*” (Cf. Veïsse, 2004: 172). Los únicos crímenes que no quedaron impunes fueron el asesinato premeditado y el robo a los templos (Hölbl 2000:157).

### **2.5. La *ταραχή* en el Medio Egipto:**

En el medio Egipto los disturbios también tuvieron cierta notoriedad. Un ejemplo lo conforma el papiro *P.mich.18.776* (194 a.C.), que narra cómo en Mouchis, en el nomo de Arsinoite,<sup>29</sup> el oficial lágida Peteminos patrullando por la noche encontró por los caminos a dos granjeros reales heridos. Cuando se les preguntó a los granjeros quienes les habían atacado, éstos no supieron dar los nombres de los atacantes. Posteriormente, Ptemenios averiguó que se trataba de gente de la misma aldea, pero éstos ya habían huido. Para Johstono el hecho de que la gente de la aldea no facilitase esos nombres es una de las pruebas de cómo la subversión que los rebeldes estaban desplegando en contra de los lágidas había calado en la población nativa (Johstono:197-198). Otro papiro citado por Johstono (*SB 24.15972* líneas 39-41), nos expone que en el nomo de Lycopolis<sup>30</sup> (en la actual Asyut), “*la mayor parte de la población local fue masacrada [durante] los Problemas de Chaonnophris*”. Este documento forma parte de una inspección realizada por el estado ptolemaico en la región, en la que podemos observar que parte del Medio Egipto estuvo bajo control de los rebeldes, probablemente vinculados a la rebelión de Chaonnophiris (Cf. Johstono, 2016: 206).

### **2.6. La *ταραχή* en el Bajo Egipto:**

La insurgencia que se desencadenó en el Delta, de corte más urbana según Johstono, contrastó con el levantamiento de la tebaide y del Medio Egipto, que fueron mayoritariamente de base campesina. El Delta se caracterizaba por constituir la región con mayor presencia del Estado ptolemaico, sobre todo por lo que respecta a las bases militares de Sebenitos, Thmuis, Pelusium, Memphis y la propia Alejandría. También fue la zona que albergaba el grueso de los *machimoi* reclutados para la cuarta guerra siria, procedentes de la ciudad de Mendes (Johstono, 2016: 203). A día de hoy se da validez a la idea de que los soldados egipcios jugaron un rol fundamental durante la “Gran Revuelta”, como apuntó Polibio en sus Historias, pues si atendemos al decreto conservado en la Piedra de Rosetta

---

<sup>29</sup> En la región del Fayum.

<sup>30</sup>No confundir con la Lycopolis del Delta.

(decreto de Memphis), éste los menciona como participantes de los “disturbios” (Cf. Johstono 2016: 190).

Actualmente se cree que en el Delta la oposición hacia Ptolomeo V estaba encabezada por las élites nativas, que a su vez estaban vinculadas a los estratos militares. Para Veïsse estos líderes norteños, aglutinados en la ciudad de Lycopolis persiguieron, al menos en parte, objetivos políticos; de hecho, según los redactores del decreto de Memphis, el rey Ptolomeo V tuvo en esta ocasión que “defender su propio trono” (Cf. Veïsse 2004: 8). Este mismo decreto describe minuciosamente el asedio de Lycopolis del 197 a.C., ciudad que se encontraba muy bien fortificada. Tras su caída los líderes rebeldes fueron llevados a Memphis donde posteriormente fueron ajusticiados. Ptolomeo V, que en ese momento tenía 14 años, fue coronado oficialmente en Alejandría y luego en Menfis, lugar donde además se reunió un sínodo sacerdotal. En dicho sínodo se redactó el Decreto de Rosetta, decreto que intentaba pacificar el país mediante la conmutación del pago de ciertos impuestos, además de un descenso de otros. También se liberaban los prisioneros capturados durante la guerra y se otorga una amnistía para los rebeldes y para los *machimoi*. Pero a pesar de la victoria lágida en el Delta, el espíritu de la insurgencia aún perduró más de una década, siendo esta región la última en ser pacificada. Según las interpretaciones de Veïsse los últimos líderes rebeldes fueron ejecutados en el 185 a.C., después de rendirse en la ciudad de Sais (Veïsse, 2004: 9-10).

### **2.7. Ptolomeo V *Epifanes* y la pérdida del imperio lágida**

El inicio del reinado de Ptolomeo V también fue protagonizado por la figura de Sosibio quien, junto a Agatocles, asesinó a Arsinoe II, la madre del joven heredero (Plb. XV. 25.). Con este acto los ministros de Ptolomeo IV, dejaban el camino despejado para controlar a Ptolomeo V, liberándose así de la reina regente. Hölbl expone que con la niñez del sucesor la dinastía real fue ya incapaz de actuar, quedando la figura del monarca, sujeta al control de sus ministros (Hölbl, 2000: 134). De hecho, según Polibio, después de congregarse una asamblea militar y leyendo un documento donde supuestamente había redactada la voluntad del anterior rey, Sosibio y Agatocles quedaron como los tutores del joven monarca (Plb. XV. 25. 4-6). Sin embargo, Sosibio murió al poco tiempo de la sucesión de Ptolomeo V *Epifanes*, y Agatocles quedó en el gobierno en solitario. Durante los primeros años del reinado de Ptolomeo V, se llevaron a cabo relaciones diplomáticas tanto en la corte de Antíoco III como

en la corte de Filipo V de Macedonia, relaciones que no dieron ningún fruto debido a la alianza que ambos *basilei* mantuvieron en secreto para repartirse los dominios ptolemaicos<sup>31</sup>.

En el año 203 a.C., durante el contexto de la Gran Revuelta, en Alejandría se produjo un tumulto en contra de la figura de Agatocles y de su gobierno tiránico. Los disturbios, que terminaron con el asesinato de Agatocles y de toda su familia (Plb. XV.33), fueron liderados por el *strategos* de Pelusium, Tlepolemos. Según Fischer-Bovet a partir de Ptolomeo V, el ejército macedonio se involucró en las intrigas palaciegas, siendo usado como herramienta política, hecho que se manifestó en diversos tumultos, conocidos por la historiografía como “revueltas alejandrinas”, y que se caracterizaron por estar capitalizadas por actores militares que incitaban a la población urbana a la rebelión (Fischer-Bovet, 2014: 94). El tumulto del 203 a.C., es un ejemplo del “pretorianismo” instaurado en la corte ptolemaica planteado por Fisher-Bovet que, siguiendo a esta autora, fueron una respuesta al mal gobierno de los ministros del *basileus*, y no a la supuesta “egiptización de la población urbana”, hipótesis que se sustentaría en el sentimiento anti griego de los egipcios (Fischer-Bovet, 2014: 94). En el caso de la turba del 203 a.C., Tlepolemos acabó con Agatocles e instauró al hijo de Sosibio (también llamado Sosibio), como mano derecha del joven monarca. Posteriormente el primogénito de Sosibio acabó también despojado de su cargo y, aunque la suerte de Tlepolemos nos es incierta, sabemos que otro personaje llamado Aristómenes ocupó el cargo de regente (Plb. XVIII. 53). Así tras la muerte de Ptolomeo IV, la corte alejandrina no solo tuvo que hacer frente a la *ταραχή* de la tebaide y a los disturbios del Delta, sino que se vió inmersa en constantes luchas palaciegas por el poder, y a las agresiones de los demás reinos helenísticos.

En el 202 a.C. Antioco III, inició de nuevo las hostilidades en Celesiria, dando inicio la quinta guerra siria (202-195 a.C.). El monarca selúcida, abandonando las campañas en el Asia Menor Occidental, marchó hacia el sur de Celesiria y conquistó rápidamente Damasco

---

<sup>31</sup> La alianza entre Antíoco III y Filipo V de Macedonia, llamada por la historiografía “El pacto entre los reyes”, ha sido un tema de controversia ya desde la antigüedad. A día de hoy aún existe un profundo debate historiográfico sobre la existencia y la naturaleza de dicha alianza. Para profundizar sobre este debate ver (Eckstein, 2008: 129-180)

(Polieno. IV.15<sup>32</sup>; Grainger, 2015: 101; Hölbl, 2000: 136). Tras conocerse la ofensiva del monarca asiático, el gobierno de Alejandría envió una embajada pidiendo ayuda a Roma (Just. XXX. 2.8), pero para el 201 a.C., Antíoco ya había ocupado gran parte de los territorios lágidas en Siria y Palestina, incluida la ciudad de Gaza, resistiendo únicamente las plazas costeras de Fenicia. Al igual que pasó en el 219 a.C. con Teodoto, en esta ocasión otro *stratgeos*, llamado Ptolemaios, traicionó al monarca lágida a causa de la inestabilidad del reino. Antíoco, como había hecho con anterioridad, recompensó a Ptolemaios con el cargo de gobernador seléucida de las provincias de Celesiria y Fenicia.

La contraofensiva Ptolemaica corrió a cargo del general Skopas que en el invierno del 201/200 a.C., consiguió retomar el control de todos los territorios capturados, incluida Jerusalén (Plb. XVI.39.1). Sin embargo, Damasco permaneció bajo dominio seléucida. Esto último permitió a Antíoco efectuar una segunda ofensiva en el 200 a.C., derrotando a Skopas en Panion (la posterior Caesarea Philippi). El *strategos* lágida se acuarteló en Sidón con unos 10.000 efectivos, pero el Estado ptolemaico no pudo socorrer a sus tropas y este se rindió al *basileus* seléucida en el año 199 a.C. (Cf. Hölbl, 2000: 136).

Al mismo tiempo que Antíoco III lanzaba la ofensiva contra los territorios sirio-palestinos de Ptolomeo, Filipo V de Macedonia aprovechó la coyuntura para arrebatarle a Ptolomeo sus áreas de influencia en el Egeo. La base naval de la isla de Samos cayó en el 201 a.C. (Plb. III.2.8), y tras una breve ocupación macedonia y una aún más breve reconquista ptolemaica, la isla consiguió liberarse gracias a la intervención de los Rhodios (Hölbl 2000: 137; Liv. XXXIII.20.12). Ante la ofensiva de Filipo V, el reino de Pérgamo y la isla de Rodas en el otoño del 201 a.C. enviaron una delegación a Roma denunciando los actos del rey macedonio. El senado de Roma envió una embajada formada por tres hombres<sup>33</sup>, que tuvo como tarea vertebrar una coalición de Estados griegos para enfrentarse al reino de Macedonia. El posicionamiento de Roma en contra de Filipo respondió a la voluntad de mantener el Mediterráneo Oriental en un equilibrio de fuerzas, pero lejos de persuadir a

---

<sup>32</sup> En la traducción de la editorial Gredos de la obra de Polieno, los comentarios a pie de página atribuyen el asedio de Damasco a Antíoco Soter (281-261 a.C.), y no a Antíoco III el Grande (223-187 a.C.), como sí hacen historiadores como Hölbl y Grainger.

<sup>33</sup> Uno de los embajadores enviados fue M.Emilio Lépido (antecesor del posterior triunvir M. Emilio Lépido). Éste residió en la corte de Ptolomeo V como dignatario, y según nos cuenta Tácito, Lépido fue uno de los personajes más influyentes de la corte del joven Ptolomeo *Epifanes*, siendo señalado como tutor del mismo *basileus-faraón* (Tac. Ann II. 67).

Filipo, entre el verano y el otoño del 200 a.C., éste conquistó los territorios ptolemaicos de Tracia (Kallipolis, Kypsela, Ainos y Maroneia).

El senado romano volvió a enviar otro ultimátum al *basileus* macedonio, esta vez presentado por M.Aemilius Lepido, quien visitó a Filipo en Abydos<sup>34</sup>, posición que se encontraba en ese momento bajo asedio. Las exigencias de Roma incluían el cese de las hostilidades hacia los estados griegos y la devolución de los territorios conquistados a los ptolomeos (Plb. XVI.34. 3), pero Filipo desatendió de nuevo la amenaza romana, iniciándose así la Segunda guerra macedónica (200-197 a.C.). Con el inicio del segundo conflicto entre el reino de Macedonia y la República romana, las pretensiones egipcias permanecieron defendidas por los romanos, como se manifestó en la conferencia de Nicea del 198 a.C., donde Quinctius Flaminius pidió de nuevo, sin mucho éxito, al *basileus* macedonio la devolución de los territorios conquistados a los lágidas (Plb. XVIII. 1.14; Liv. XXXIII.38. 1; Hölbl, 2000: 138).

Antíoco III, tras anexionarse por completo la región de Celesiria en el 198 a.C., fijó sus intereses en los territorios lágidas en Asia Menor (ver Hölbl, 2000: 137; Plb. XVIII.39.3; Liv, XXXIII. 19.8). El monarca seléucida, volvió a aprovechar la debilidad del Egipto ptolemaico, para conquistar las posesiones egipcias de Cilicia (Zephyrion, Soloi, Aphrodisias, Anemurion Selinus, y Korakesion), y Pamphilia. Según expone Hölbl, Lycia permaneció bajo control ptolemaico a excepción de Korykos, Andriake, Limyra, Arykanda, Patara/Arsinoe, Xanthos y también Telmessos (Cf. Hölbl, 2000: 138). A finales del 197 a.C., Antíoco III también consiguió arrebatar a Ptolomeo V la ciudad de Éfeso, una de las guarniciones más importantes de los lágidas en Asia Menor, convirtiendo el reino seléucida en el “leviatán helenístico” más poderoso. Tras la derrota Filipo V en Kynoskephalai, Quinctius Flaminius forzó al rey macedónico a firmar la paz, promulgando a su vez la liberación de todas las ciudades griegas (Eckstein, 2008: 286-288). De esta forma Roma buscaba una rápida paz con Macedonia para poder enfrentarse a Antíoco, pero liberando los territorios griegos con el objetivo de crear ligas que estabilizarán el mapa Egeo, a su vez dejó de defender los intereses de Ptolomeo V, quien definitivamente perdió su área de influencia en Tracia.

---

<sup>34</sup> En los Dardanelos. No confundir con la Abydos de Egipto.



El gobierno de Alejandría, en esos momentos disputado entre Aristómenes y Polícrates, reclamó a Roma de nuevo su intervención por los dominios perdidos de Celesiria y Asia Menor, y a pesar de que el senado envió otra comisión, liderada por L. Cornelius Lentulus, a negociar con Antíoco III, el hecho fue que Antíoco consiguió mantener todos los territorios conquistados. Finalmente, en el año 196 a.C., Ptolomeo V fue coronado *basileus* en Alejandría y como faraón en Menfis a los catorce años (*ver supra*). El rey selécida aprovechó la subida al trono de Ptolomeo para establecer una unión matrimonial con una de sus hijas, Cleopatra I, y así firmar una paz con el reino de Egipto (Plb. XXVIII.51.10; Liv. XXXIII.40.3), unión que se produjo en el invierno del 194/193 a.C. en Rafia (Cf. Hölbl, 2000: 140). Un año más tarde, con el estallido de la guerra romano-siria (192-188 a.C.), sabemos por Tito Livio que Ptolomeo V envió una embajada a Roma ofreciendo apoyo militar y financiero, pero los *comitia* romanos desecharon dicho ofrecimiento debido a la paz que mantenían los egipcios con Antíoco III (Liv. XXXVI. 41). También en el 191 a.C., se envió otra delegación a Roma con el objetivo de felicitar a los romanos por la victoria obtenida en la batalla de las Termópilas, pero según cuenta Livio ésta fue completamente ignorada (Liv. XXXVII. 3.9).

El resultado de la derrota de Antíoco III, y las imposiciones del tratado de Apamea del 188 a.C., pusieron punto y final a las pretensiones lágidas de recuperar los territorios de Asia Menor. Así a inicios del siglo II a.C., Egipto perdió prácticamente todo su imperio talasocrático, restándoles solo la isla de Chipre, la región de la Cyrenaica y las bases de Itanos, Thera y Methana (Cf. Hölbl, 2000: 142), territorios que se irían perdiendo a lo largo del siglo II a.C. A partir de entonces la República romana también dejaría de velar por los intereses de los ptolomeos, quienes fueron entrando poco a poco en la esfera de influencia de Roma (Hölbl, 2000: 140). Tras la muerte de Ptolomeo V (180 a.C.), el reino volvió quedar a la deriva de las intrigas palaciegas y a la voluntad de los ministros del reino. Cleopatra I, esposa de Ptolomeo V, se convirtió por breve tiempo en regente del reino, quedando a su vez como guardiana de los futuros herederos de Ptolomeo V (Ptolomeo VI *Filometor*, Ptolomeo VIII *Evergetes* II y Cleopatra II).

### 3. Conclusiones

Como se ha visto, el éxito del proyecto dinástico inaugurado por Ptolomeo I Sóter en Egipto, respondió a la capacidad del primer lágida y de sus sucesores en mantener a ojos de sus súbditos una doble personalidad; como *basilei* helenísticos y faraones egipcios. Del mismo modo que los lágidas se insertaron dentro de la tradición egipcia, éstos mantuvieron firmemente sus raíces macedonias, mostrando siempre sus orígenes al mundo Egeo. Para acaparar esa visión greco-macedonia, los lágidas no solo se manifestaron bajo los cánones artísticos clásicos, sino que introdujeron en Egipto muchas de las tradiciones pertenecientes del mundo griego. La fundación de nuevas ciudades se planteó bajo el modelo de las *poleis* griegas, se introdujeron nuevas formas de culto (tanto el culto a la realeza, como la introducción de las divinidades olímpicas), se crearon juegos deportivos a imagen de los juegos olímpicos que reunieron en Alejandría a atletas de alrededor de la *oikouménē* helénica, se introdujo el griego como lengua de la administración del Estado lágida (lengua que acabaría mezclada con la egipcia dando lugar a la lengua copta), y en se organizó el reino como un Estado tributario premoderno (Manning, 2009: ). Pero este Egipto híbrido, fruto de la interacción entre los agentes locales y la realeza extranjera, se concentró casi exclusivamente en la zona del Delta, siendo muy escasos los emplazamientos greco-macedonios en el Medio y el Alto Egipto<sup>35</sup>.

La estabilidad que los dos primeros lágidas consiguieron establecer en el País del Nilo se empezó a resquebrajar a partir de Ptolomeo III, quien tuvo que abandonar su campaña contra el reino seléucida para sofocar el primer alzamiento interno de la dinastía. A partir de entonces la secuencia de “revueltas” y “disturbios” se hizo constante en Egipto, siendo el caso más representativo la “Gran revuelta de los egipcios” del 206-186 a.C.

En general lo que actualmente conocemos de la “Gran revuelta” y del contexto de revueltas en el Medio y Alto Egipto, procede de papiros y fuentes epigráficas de muy diversa índole. Sin embargo, la escasez de datos provocada por una deficiente conservación de las fuentes históricas provoca que nuestro conocimiento acerca del gobierno de Ptolomeo IV y

---

<sup>35</sup> De hecho, los romanos en muchas ocasiones llamaron a los lágidas “reyes alejandrinos”, aunque a su vez no dudaron en difamarlos mencionándolos como “egipcios”, como fue en el caso de Cleopatra VII (Cf Pfeiffer, 2016: 4)

Ptolomeo V resulte por lo general fragmentario, con numerosos vacíos, y dependiente de los relatos de los autores clásicos.

Como expone Manning estas revueltas han sido entendidas por parte de la historiografía como alzamientos contra del dominio griego, libradas sobre todo en nombre fundamentos religiosos e incluso “nacionalistas” (Manning, 2016: 11-12). Pero actualmente los estudios sobre el período ptolemaico han arrojado un poco más luz sobre estos acontecimientos. Un estudio realizado por Manning y Ludlow expone que, durante el contexto de la Gran Revuelta de los egipcios, el Nilo aportó inundaciones insuficientes para el cultivo de los campos, decrecidas que se conocen como “Nile failures” o “flujos subóptimos” (Manning, 2016: 11-12). Esta falta de inundaciones óptimas ya había provocado a lo largo de la historia de Egipto malas cosechas (como se puede ver en las “lamentaciones de Ipuwer”), y periodos de hambrunas, fenómenos que sin duda empeoraron el nivel de vida de los campesinos. A pesar de la hipótesis de las fallas del Nilo, los autores sostienen que las numerosas revueltas del periodo ptolemaico no responden a un único fenómeno, y por lo tanto que éstas se deben contemplar bajo diversas perspectivas, siendo el resentimiento que los egipcios tenían contra los griegos uno de los posibles parámetros (Manning, 2016: 11-12)

Sin duda este planteamiento puede ser aceptable si observamos la rebelión iniciada por Haronnophris y continuada por su sucesor Ankhwnnefer. Los líderes de la *ταραχή* del Alto Egipto no sólo consiguieron la independencia de Tebas durante aproximadamente veinte años, sino que pusieron en grave peligro la continuidad dinástica de los lágidas. Ambos se proclamaron legítimos faraones de Egipto, amados del dios Amón y amados de la diosa Isis, proclamas que sin duda tenían como objetivo mostrar a los ptolomeos como monarcas usurpadores. La historiografía ha discutido si el sacerdocio tebano apoyó o no a los líderes rebeldes, y si bien uno de los principales objetivos de los ataques fue hacia los recintos sagrados, algunos autores defienden que el sacerdocio tebano apoyó a los líderes del sur (ver Veisse, 2004: 228-244). De ser cierta esta tesis, la *ταραχή* del 206-186 no solo debería interpretarse como una revuelta social capitalizada por los reyes rebeldes de Tebas, sino que a todo ello habría que añadirle un enfrentamiento entre la hegemonía del sacerdocio de Ptah en Menfis, y el sacerdocio de Amón en Tebas.

Finalmente, para Hölbl una de las causas de la gran revuelta del 206 a.C., residió en el incremento de la presión fiscal y de la explotación de recursos sobre la masa campesina. El costo que supuso el mantenimiento de la talasocracia del Egeo junto a la presión cada vez

mayor del leviatán selúcida en Siria y Palestina, obligaron al Estado egipcio a incrementar la fiscalidad y presionar más al campesinado. Este hecho, aunado al fenómeno del “Nile failure”, tuvo como consecuencia la *anachoresis* de los campesinos en las tierras agrícolas, fenómeno que incrementó la violencia y el bandolerismo en la *chorá* egipcia. Esto coincide con las tesis de Veisse, en las que expone que el fuerte carácter anti griego de la “Gran revuelta de los egipcios” se explica por las diferencias sociales entre colonos greco-macedonios y la población nativa de Egipto (Veisse, 2004: 151-152). Así, la relevancia de la Gran revuelta de los egipcios, es fundamental para explicar los orígenes de la decadencia del Estado ptolemaico. La pérdida de Tebas durante dos décadas afectó severamente la recaudación de impuestos del Estado ptolemaico. Este hecho, sumado a los ingentes esfuerzos que se invirtieron para restablecer el control de Egipto, incapacitó a Ptolomeo V (aún infante) y a sus ministros, para responder a las agresiones de Antíoco III y de Filippo V.

Eckstein considera que la crisis del Estado ptolemaico catapultó posteriormente la crisis del mundo político helenístico, pues los tres “leviatanes” del Mediterráneo oriental jugaron un papel clave en la correlación de fuerzas, siendo Egipto el Estado que se mantenía en un constante equilibrio con el poder de los selúcidas (Eckstein, 2008: 125). Este mismo autor menciona que el periodo del 207 a.C., hasta el 188 a.C. se puede denominar como “power transition crisis”, situación que coincide con la división que siguen autores como Hölbl, Manning y Vandrope, en la que califican los reinados de Ptolomeo IV y Ptolomeo V como la “age of transition” de la dinastía ptolemaica. Según Eckstein, los periodos transicionales están marcados por un fuerte contexto de violencia, y el caso de la decadencia del Egipto ptolemaico provocó en el mundo helenístico lo que se ha denominado una “hegemonic war”, en la que diversos Estados se enfrentaron con una violencia extrema, y que acabaron por vertebrar una nueva estructura interestatal (Eckstein, 2008: 126). El escenario que resultó del enfrentamiento entre los grandes poderes helenísticos, y del “colapso ptolemaico” (205-168 a.C.), acabó beneficiando a la República romana, que empezaría a emerger como única superpotencia en el Mediterráneo Oriental. Esta dejó de defender oficialmente los intereses de la dinastía ptolemaica a partir de la paz de Apamea del 188 a.C., en la que los antiguos territorios lágidas de Asia Menor fueron donados al reino de Pérgamo. A pesar de esto, durante la Sexta Guerra Siria (171-168 a.C.), la República romana tuvo que volver a

intervenir en la defensa de los lágidas, en lo que la historiografía helenística conoce como “el día de Eleusis”. A partir de entonces la supervivencia de la dinastía se sustentó gracias a las relaciones de amistad con el Senado romano, hasta la ruptura de dichas relaciones bajo el reinado de Cleopatra VII, última *basileus-faraón* de Egipto.

---

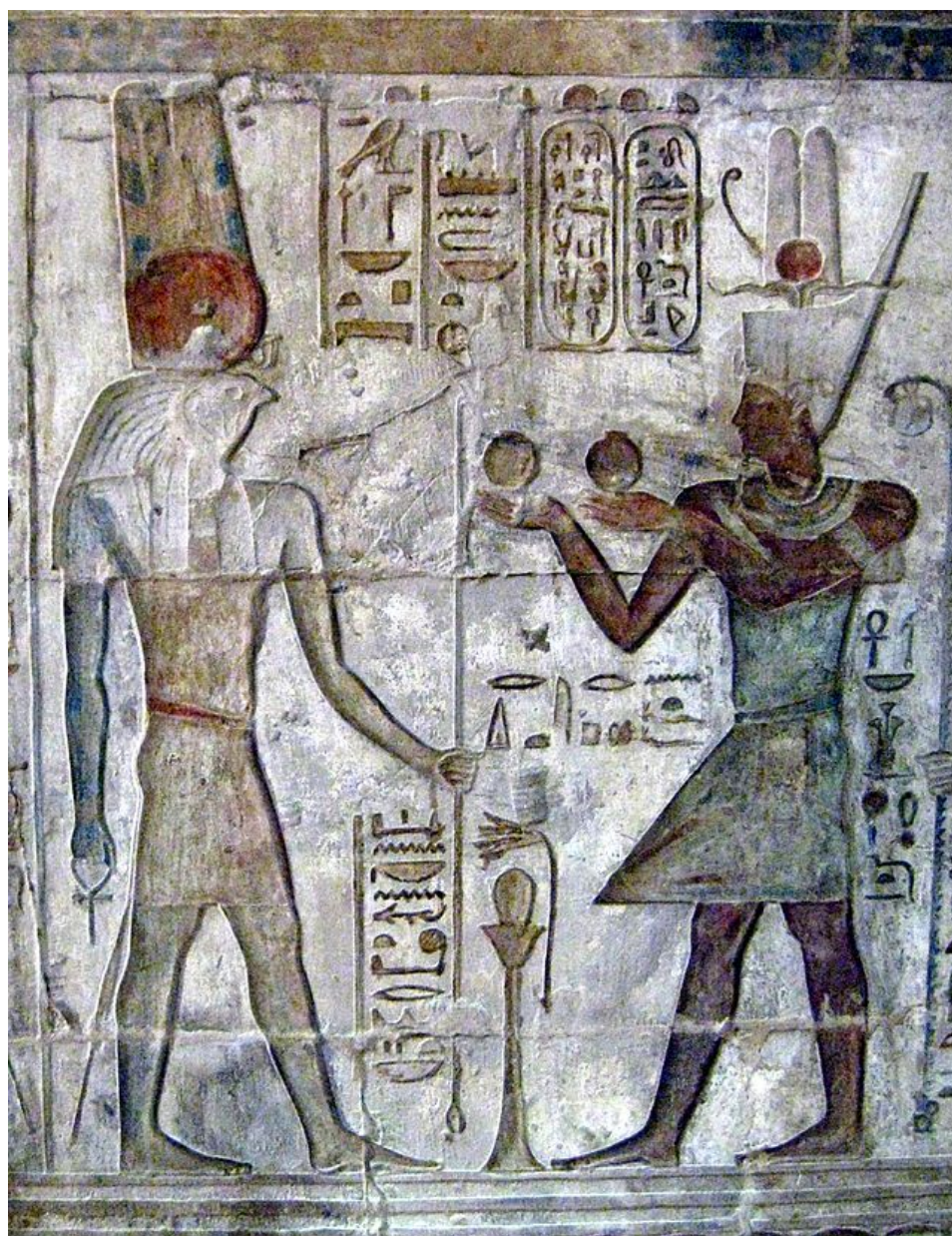


Lámina 4: en portada, relieve del templo de Hathor en Deir-el Medina. En este aparece Ptolomeo IV (título de entronización: *iwa en netjerwy menekhwy, setep(en) ptah, weser ka ra, sekhem ankh imen*, junto al nombre de nacimiento: *ptwlmys ankh djet, mery aset*<sup>36</sup>), adorando al dios guerrero Montu.

---

<sup>36</sup> Cf. Leprohon, 2012:180





Lámina 5: estela del Sátrapa. En la imagen se puede apreciar un disco solar alado, y justo debajo encontramos la imagen de un rey, cuyos cartuchos están en blanco, rindiendo culto a los dioses de Buto Horus y Uto. En la traducción de uno de los fragmentos de la estela<sup>37</sup>, se lee como los monarcas ptolemaicos fueron alabados por su evergetismo:

*“En el año 7 (...)*

*Él restauró las esculturas de los dioses halladas en Asia, y todos los muebles y papiros de los templos del Alto y Bajo Egipto, colocándolos en su lugar.*

*Él ha hecho como residencia suya la fortaleza del rey ·el Amado de Amón, elegido de Ra, el hijo de Ra, Alejandro, según es llamada a orillas del gran mar de los jonios. Rakotis era su nombre anterior (...).”*

<sup>37</sup> Para la descripción de la estela Cf. Hölbl (2000: 83), para la traducción del fragmento de ésta Cf. Lull (2014, dic. 17).

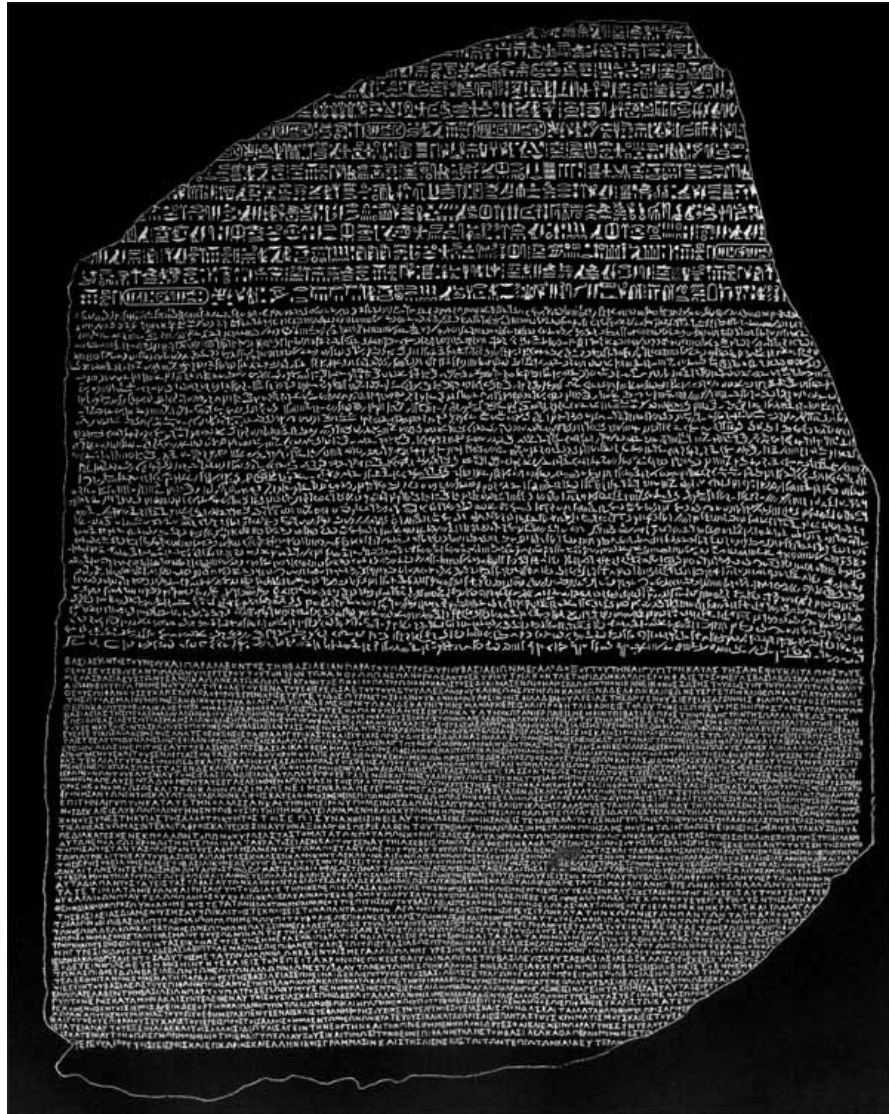


Lámina 6: Piedra de Rosetta, fragmento del decreto de Menfis del 196 a.C. British Museum, Londres.



## 4. Bibliografía

ANDRESKI, S. (1968): *Military organization and society*. University of California Press. Berkeley and Los Angeles.

ANTÚNEZ, D. (2004): Voces y géneros literarios en el *Epinicio para Sosibio* de Calímaco. Universidad nacional de Rosario. [en línea]. recuperado de: [shorturl.at/zFRST](http://shorturl.at/zFRST)

ARISTÓTELES: *Política*. traducción de Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez. Madrid, Alianza Editorial.

AUSTIN, A. (2006): *The hellenistic world from Alexander to the Roman conquest, a selection of ancient sources in translation*. Cambridge University Press. Cambridge.

CHANIOTIS, A. (2005): The gender of war: masculine warriors, defenseless women and beyond. en CHANIOTIS, A. (2005): *War in the hellenistic world: a social and cultural history*.

CHANIOTIS, A. (2005): The divinity of Hellenistic rulers. en ERSINKE, A. (2005). *A companion to the Hellenistic world*. Blackwell publishing Ltd. pp. 430-445.

CHRISTELLE, F. (2014): Survey of military events, part II (221-31 BC): from Raphia to Cleopatra. en CHRISTELLE, F. (2014): *Army and Society in Ptolemaic Egypt*. Cambridge University press. pp. 86-98.

CLARYSSE, W. (2010): Egyptian temples and priests: Graeco-Roman. en LLOYD, A. (2010): *A companion to ancient Egypt*. Blackwell publishing Ltd. pp. 274-290.

CLARYSSE, W. (2004): *The Great Revolt of the Egyptians (206-186 BCE)*. The center for the tebtunis papyri. University of California, Berkeley [en línea]. recuperado de: <https://www.lib.berkeley.edu/sites/default/files/files/TheGreatRevoltoftheEgyptians.pdf>

DIODORO DE SICILIA: *Biblioteca histórica*, libros XVIII-XX, edición y traducción de Juan Pablo Sánchez, Madrid: Editorial Gredos, 2014.

DUVAL, W. (2016): Hellenistic warrior queens. en DUVAL, W. (2016). *Postcolonial amazons: female masculinity and courage in ancient greek and sanskrit literature*. Oxford University Press. pp. 184-222.

ECKSTEIN, A. (2008): *Rome enters the Greek East: from anarchy to hierarchy in Hellenistic Mediterranean, 230-170 BC*. Blackwell publishing Ltd.

FISHER, C. (2016): Toward a translocal elite culture in the ptolemaic empire. en LAVAN, M. PAYENE, R. WEISWEILER, J. (2016): *Cosmopolitanism and empire: universal rulers, local elites, and cultural integration in the ancient Near East and Mediterranean*. Oxford University press. pp. 103-129.

FRUTOS, A (2011): La consolidación del Egipto lágida. en *Los Diádocos: guerra fratricida por el imperio de Alejandro*. Despertaferro Antigua y Medieval, núm 8. pp.46-50.

GRAINGER, J. (2015): *The Seleucid empire of Antiochus III (223-187 BC)*. Pen & sword military Ltd. South Yorkshire.

GURGEL, R.G. (2011): Greek nomos and egyptian religion: cultural identity in Hellenistic Egypt. en *Journal of ancient history*. Vol.2. pp.103-131.

HÖLBL, G. (2000): *A history of the ptolemaic empire*. Routledge. London-NY

JOHSTONO, P. (2016): Insurgency in ptolemaic Egypt. en HOWE,T. BRICE, L: *Brill's companion to insurgency and terrorism in the ancient Mediterranean*. vol. I. Brill, Leiden-Boston. pp. 183-215.

JUSTINUS: *Epitome of the Philippic history of Pompeius Trogus*. Book XXX. traducción y notas de John Selby Watson. a digital library of Latin literature. recuperado de <https://www.forumromanum.org/literature/justin/english/trans30.html>

KEHOE, D. (2010): "The economy: Graeco-Roman". en LLOYD, A. (2010): *A companion to ancient Egypt*. Blackwell publishing Ltd. pp. 309-325.

KING, A. (2017): *Dodekaschoinos*. Ancient History Encyclopedia [en línea]. recuperado de <https://www.ancient.eu/Dodekaschoinos/>

LEPROHON, B. (2012): *The great name: Ancient Egyptian Royal Titulary*. Society of Biblical literature. Atlanta. USA.

LOVE, S. (2003): Questioning the location of the Old Kingdom capital of Memphis, Egypt. en *Papers from the Institute of Archaeology* 14 (2003). pp. 70-84

LULL, J. (2014, dic.17). 8B.2.Ocaso de la civilización egipcia antigua. El inicio de la época ptolemáica en Egipto. [Video]. recuperado de: [shorturl.at/ktyAH](http://shorturl.at/ktyAH)

MA, J. (2005): Kings. en ERSINKE, A. (2005): *A companion to the Hellenistic world*. Blackwell publishing Ltd. pp. 177-195.

MACABEOS. Libro III. *Bible Gateway*. [en línea]. recuperado de: [shorturl.at/oJUZ9](http://shorturl.at/oJUZ9)

MANNING, J.G. (2016): Kingship not monarchy: some new directions in the study of hellenistic kingship. *Academia edu*. [en línea]. pp. 1-18. recuperado de: [shorturl.at/afV34](http://shorturl.at/afV34).

MANNING, J.G. (2009): *The last pharaohs, Egypt under the Ptolemies, 305-30 BC*. Princeton University Press. EE.UU.

MANNING, J.G. (2003): *Land and power in ptolemaic Egypt: the structure of the land tenure 332-30 BCE*. Cambridge University Press.

MASPERO, G. (1912): *Art in Egypt*. New York University library. [en línea]. recuperado de: [shorturl.at/oqLN9](http://shorturl.at/oqLN9)

MCGING, B. (2017): “Guerrilla warfare and Revolt in Second century BC Egypt”. en HUGES, B. FERGUS, R: *Unconventional warfare from Antiquity to the present day*. Palgrave Macmillan, Dublin. pp. 219- 230.

MORENO, J.C. (2013): Building the pharaonic state: territory, elite, and power in Ancient Egypt in the 3rd millennium BCE. en JANE, A. HILL, P.J. ANTONIO, J. *Experiencing Power, generating authority. Cosmos, politics, and the ideology of kingship in Ancient Egypt and Mesopotamia*. The University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology: Philadelphia. pp. 185-217.

PARK, M. (2010): “Climax of the Syrian wars: the battle of Raphia 217 BCE”. en *Ancient Warfare* vol. IV.6. pp. 25-32.

PAUSANIAS: *Description of Greece*. libros I y II. traducción de W.H.S. Jones. London, William Heinemann.

PESTMAN, P. W. (1995): “Haronnophris and Chaonnophris”. en PESTMAN, P. W. VLEEMING, S: *Hundred-Gated Thebes. Acts of a Symposium on Thebes and the Theban Area in the Graeco-Roman Period*. Papyrologica Lugduno-Batava, Volume: 27. pp. 101-137.

PFEIFFER, S. (2016): The ptolemies: hellenistic kingship in Egypt. en *Oxford handbooks online*. [en línea]. pp.1-27. recuperado de: [shorturl.at/BEMT8](http://shorturl.at/BEMT8).

POLIBIO: *Historias*. libros V-XV, traducción y notas de Manuel Balasch Recort. Madrid: Editorial Gredos, 1983.

POLIBIO: *Historias*. libros XVI- XXIX, traducción y notas de Manuel Balasch Recort. Madrid: Editorial Gredos, 1983.

POLIENO: *Estratagemas*, introducciones, traducciones y notas de José Vela Tejada y Francisco Martín García. Madrid: Editorial Gredos, 1983.

POTTER, D. (2005): Hellenistic religion. en ERSINKE, A. (2005): *A companion to the Hellenistic world*. Blackwell publishing Ltd. pp. 407-430.

Publicazioni della società italiana per la ricerca dei papiri greci e latini’ in Egitto. (1917): *Papiri Greci i latini*. vol. V. Firenze.

ROSTOVTEZZ, M. (1941): *The social and economic history of the hellenistic world*. Oxford at the clarendon press. Vol II.

SMITH, W. (1886): A dictionary of Greek and Roman biography and mythology. Spottiswoodf and Co. [en línea]. recuperado de: [shorturl.at/cwRT0](http://shorturl.at/cwRT0)

TÁCITO: *Anales*. libros I-VI. introducción, traducción y notas de José L. Moralejo. Madrid: Editorial Gredos, 1979.

TITO LIVIO: *Historia de Roma desde su fundación*. libros XXXI-XXXV, traducción y notas de José Antonio Villar Vidal. Madrid: Editorial Gredos, 1983.

TITO LIVIO: *Historia de Roma desde su fundación*. libros XXXVI-XL, traducción y notas de José Antonio Villar Vidal. Madrid: Editorial Gredos, 1983.

URRUELA, J.J. CORTÉS, J. (2018): *La civilización del Egipto faraónico*. Marcial Pons. Madrid

WALLIS, E.A. (1920): *An egyptian hieroglyphic dictionary: with an index of english words, king list and geographical list with indexes, list of hieroglyphic characters, coptic and semitic alphabets*. Vol. 2 (ed 2010). Cosimo classics. Nueva York.

VANDORPE, K. (2010): The ptolemaic period. en LLOYD, A.(2010): *A companion to ancient Egypt*. Blackwell publishing Ltd. pp. 159-179.

VEÏSSE, A. (2019): The last pharaohs: the ptolemaic dynasty and the hellenistic world. en VANDORPE, K. (2019): *A companion to graeco-roman and late antiquity Egypt*. Blackwell publishing Ltd. pp. 33-49.

VEÏSSE, A. (2004): *Les "révoltes égyptiennes": recherches sur les troubles intérieurs en Égypte du règne de Ptolémée III à la conquête romaine*. Studia hellenistica. Paris.